

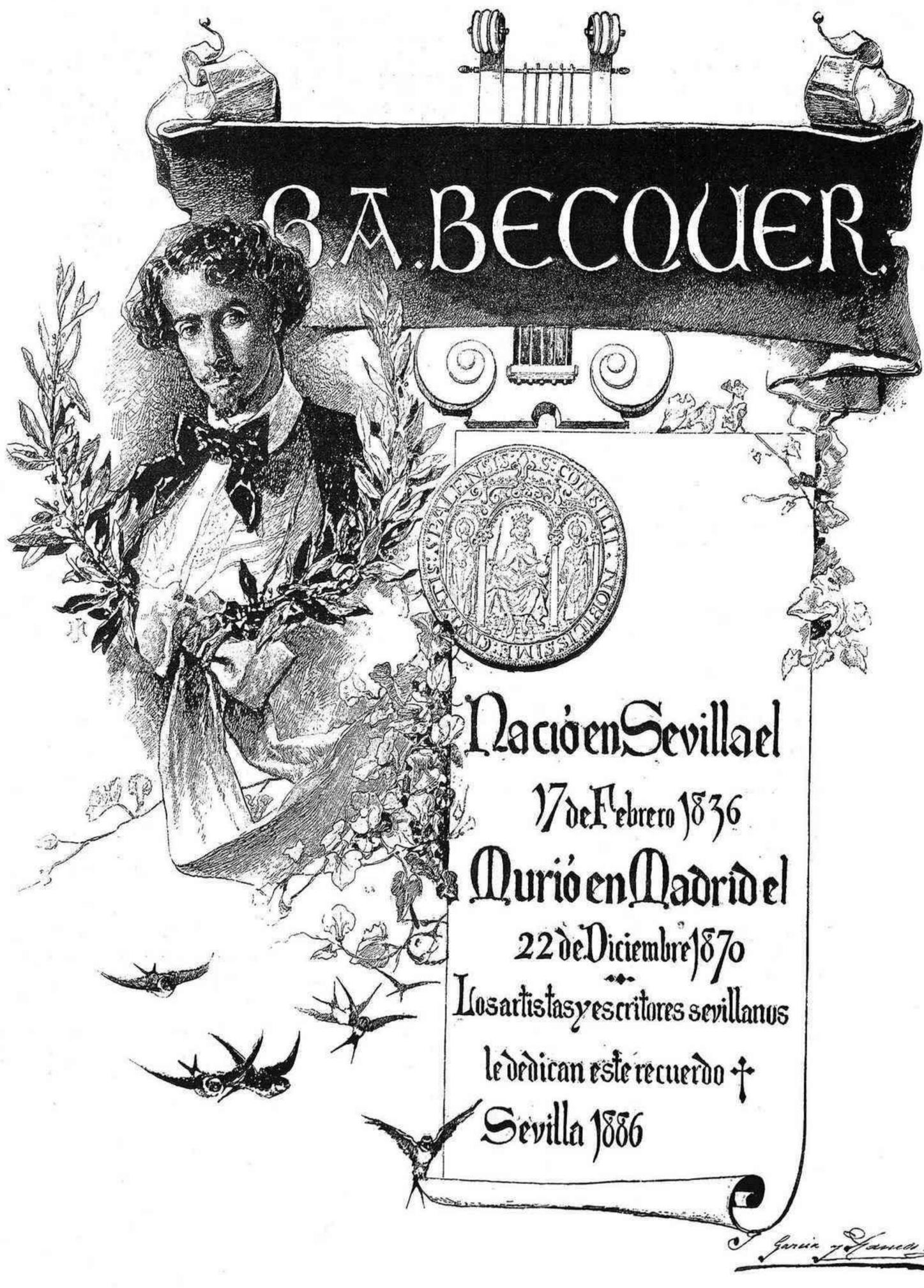
# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 27 DE DICIEMBRE DE 1886 →

NUM. 261

NÚMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



**G. A. BECQUER**

Nació en Sevilla el  
17 de Febrero 1836  
Murió en Madrid el  
22 de Diciembre 1870  
Los artistas y escritores sevillanos  
le dedican este recuerdo †  
Sevilla 1886

*J. García y Sánchez*

SUMARIO

Introducción, por don Gonzalo Segovia y Ardizone. — *Gustavo Adolfo Bécquer*, por don Narciso Campillo. — *Bécquer*, por don Benito Más y Prat. — *El prólogo de Bécquer*, por don Federico de Castro. — *La poesía*, por don Luis Montoto. — *El Genio*. — *La Inspiración*, por don José M. Ausensio. — *Poder del genio*, por don Amante Laffón. — *Carta á M. Achille Fouquier*, por don José Gestoso y Pérez. — *La noche triste*, por don Manuel Cano y Cueto. — *Valeriano D. Bécquer*, por don Narciso Sentenach. — *Desde mi celda*, por Gustavo Adolfo Bécquer. — *La vida*, por doña Mercedes de Velilla. — *El poeta*, por don Antonio Benítez de Lugo. — *¡Duerme!* por don Francisco Rodríguez Marín. — *Bécquer y la poesía popular*, por don Manuel Díaz Martín. — *Un autógrafo de Bécquer*, por don Carlos Peñaranda. — *Las lágrimas de Bécquer*, por doña Isabel Cheix. — *Con motivo de la colocación de la primera piedra para el monumento á la memoria de Bécquer*, por don José Sánchez Arjona. — *A Gustavo Bécquer*, por don José Lamarque de Novoa. — *Los pájaros*, por don José de Velilla. — *Trenzas y pelos*, por don Lorenzo Leal. — *Pesadilla*, por don Javier Lasso de la Vega. — *Pensamiento*, por don Joaquín Guichot. — *Poesía y arte*, por don Javier Lasso de la Vega y Cortezo. — *Canto á Bécquer*, por don Román García Pereira.

INTRODUCCIÓN

Si pudieran en estas líneas condensarse todos los dolores, si con lágrimas pudieran escribirse las breves frases de esta introducción, lágrimas y dolores serían el tributo más elocuente que depositar ante la tumba del poeta. ¿Qué palabras habrá bastante expresivas para verter en el papel lo que el corazón sufre y siente y no encaja en el estrecho molde del lenguaje? ¿Cómo lamentar sino con ayes y suspiros la memoria del amigo muerto en flor, cuando aun no habían estallado los volcanes de ingenio y de talento que hervían en aquella cabeza privilegiada, en aquella frente que apenas pudo reposar tranquila una sola noche sin que insomnios crueles pretendieran turbar su lucidez? Ni miserias ni desengaños ni amarguras hicieron mella en su poderosa inteligencia; luchó con el destino, probó todos los acerbos cálices del dolor, agotó todo el triste caudal de desencantos que presenta la vida, no gozó apenas día sereno, que hasta sus sueños é ilusiones mataba la realidad, y al fin se dobló su cuerpo como el lirio que troncha el huracán; mas el tiempo no ha podido arrebatarse su perfume, que aun exhala, y hoy, cuantos aman las letras y rinden culto á lo bello buscan con afán las hojas secas, pero siempre vivas, que dejó arrojadas á su paso por este mundo: la flor se ha marchitado, pero la esencia ha subido á los cielos y ha llenado la tierra con su aroma!

¿Qué significa el presente número, cuya primera página abro con el temor natural del que reconoce su insuficiencia, pero con el entusiasmo del que ayuda á reparar injusticias y hacer el bien? ¿Qué representa la ceremonia sencilla, pero conmovedora, de colocar la primera piedra para el monumento que ha de recordar aún más si posible fuera en esta Sevilla la memoria de Gustavo Adolfo Bécquer? ¿Qué valor tiene la velada literaria celebrada en su honor? ¿Por qué se trasladan sus restos mortales sin pompa ni aparato para que duerman el sueño eterno á orillas del Guadalquivir? ¿Por qué se coloca modesta lápida conmemorativa en la casa donde abrió sus ojos á la luz?

Preguntas son éstas cuya contestación podría encerrarse en una sola palabra que sale del corazón y brota rápida de la pluma... ¡Perdón! sí, ¡perdón! en nombre de los que te desconocieron y te abandonaron y colocaron hiel

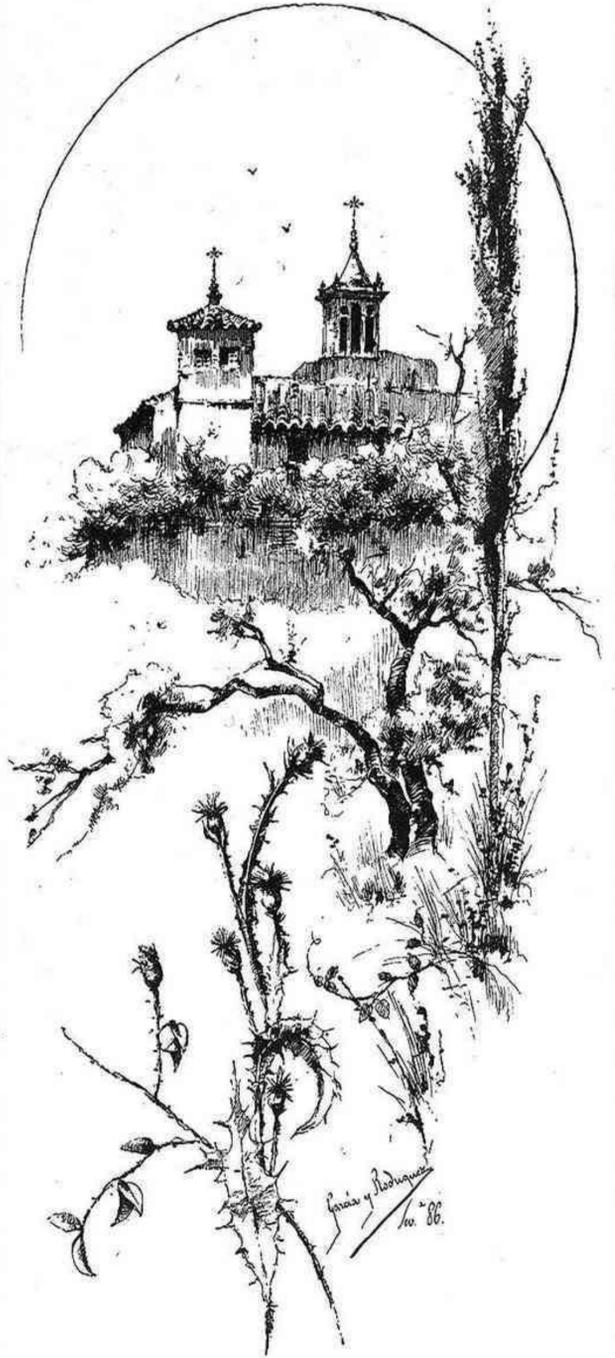
sobre tus labios y sobre tus heridas: hoy queremos llegar hasta las alturas donde moras con la esperanza de ser perdonados; si es posible que lavemos el pasado, acepta esta reparación por todos los que te ofendieron y baje hasta nosotros el rocío del cielo y adivinemos tu sonrisa y tu perdón en el crepúsculo de la tarde, cuando suben las oraciones hasta el trono del Altísimo acompañadas por el melancólico son de la campana, cuando se esparcen por la tierra misterios, sombras y armonías.

Bécquer: tus ilusiones de adolescente van á cumplirse. A la orilla del Guadalquivir, entre el puente que conduce á la fabril Triana y el arruinado convento de los Jerónimos, en uno de los remansos que forman las aguas, una cruz gótica y una piedra dirán que allí vive tu recuerdo; los álamos arrullarán tu sueño, el sauce llorará tus desventuras, las campanillas y los lirios subirán á besar tu nombre, y todo un pueblo vendrá en día señalado á depositar flores y coronas y á proclamar tu genio, que cual sol vigoroso ha roto las nubes que amortiguaban su lumbre y brilla con claro é inusitado fulgor. ¡Gloria á Bécquer! gritarán las generaciones futuras — ¡Perdón! continuaremos gimiendo nosotros...

Y el viajero que llegue á la ciudad de San Fernando llamado por la fama de sus artísticas bellezas, al cruzar impulsado por la vertiginosa locomotora, el barrio de los Humeros, fijará sus ojos en aquel sencillo monumento, preguntará quién reposa en aquel poético sitio y al escuchar tu historia y al conocer tus libros llevará á su patria un nombre más que añadir á los de los grandes poetas y escritores de la humanidad, y podrá exclamar: «Sevilla no es ingrata; ha honrado á su hijo querido, ha dominado la pereza que le achacan, ha vencido su apatía y ha dado un ejemplo que guarde el corazón de los buenos como preciosa reliquia, como bálsamo consolador...»

Sería insigne temeridad mezclar en estas líneas, hijas sólo del sentimiento, juicios críticos más ó menos rápidos del carácter de Bécquer, de sus obras y de su importancia literaria; el artista, el poeta, el escritor están juzgados; pocos años han bastado para otorgarle la corona merecida y, prueba clara y evidente de su alta significación, apenas había dejado el que fué para él valle de lágrimas perenne, cuando ya su nombre resonaba en todos los oídos, pasaba los mares, inundaba las prensas y adquiría la popularidad que hoy tiene y que crece á medida que el tiempo hace más luz y el entendimiento penetra con atención en los riquísimos tesoros que encierran sus artículos, sus cartas, sus leyendas y sus rimas.

Energía, sentimiento, estudio concienzudo del idioma, galanura inexplicable en el decir, profundidad del pensamiento, erudición extraordinaria, facilidad pasmosa de asimilación, gusto exquisito y depurado, todas estas condiciones juntas hacen de Bécquer uno de aquellos escritores que revelan en pocas hojas su inmensa valía y le señalan puesto de honor en la historia literaria del siglo presente. Su temprana muerte secó los caudalosos torrentes de su magnífica inteligencia, cortó el hilo de su inspiración cuando producía frutos más sazonados y abundantes, y no puedo menos de protestar contra los que han dicho que Bécquer valía más por lo que anunciaba que por lo conocido: basta una *Carta desde mi celda* para darle el título de hablante sin igual; sus *Rimas* son todo un hermoso poema que no necesita ampliación. ¿Para qué más? Cójase al azar cualquiera de sus páginas, y el que no devore aquellas líneas, el que no sienta con el autor, el que no lo comprenda, el que no vea la belleza incomparable de la forma y la intención y grandiosidad del asunto, arroje el libro; para ese no tiene Bécquer confianzas, para ese están cerradas las puertas del sentimiento, del arte y de la poesía.



El monasterio de San Jerónimo, dibujo de M. García Rodríguez

re que hubo un hijo ilustre de esta ciudad que sufrió todos los tormentos, que apenas tuvo reposo para dar rienda suelta á los raudales de su potente genio, y que murió pobre y triste y abandonado; dí por todas partes que ese víctima de desdichas sin cuento es uno de los que dan mayor esplendor á las glorias literarias de nuestra patria; y no olvides que, aun cuando tarde, los hombres se acuerdan de él y le tributan los honores debidos. Juventud que naces á la vida, sirvante de enseñanza las amarguras del poeta y sírvate su recuerdo para inspirarte en un alto espíritu de generosidad y de protección. ¡Qué mayor satisfacción podrías dar á Bécquer! ¡qué triunfo el suyo, si agrupados al rededor de su tumba echásemos los cimientos de una verdadera fraternidad, si su memoria fuese el poderoso impulso que uniera todas las voluntades y salvásemos de los escollos y las borrascas de la vida al que, desalentado y sin fuerzas, se viera próximo á perecer!... Entonces sí que nos creeríamos perdonados, entonces sí que vendría á vivir para siempre entre nosotros la sombra del poeta, el espíritu inmortal de Gustavo Adolfo Bécquer.

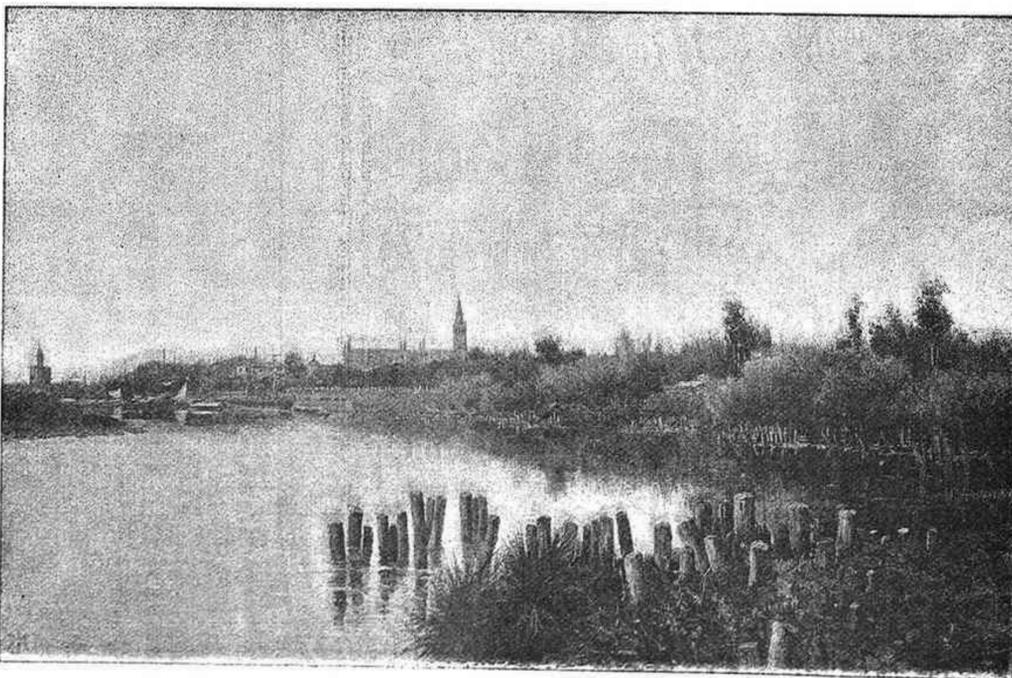
GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Nunca he tomado la pluma conociendo mejor el asunto de que voy á tratar, y sin embargo jamás experimenté la indecisión en que ahora mi ánimo vacila. Porque escribir la biografía de un personaje universalmente reputado, y cuya existencia, completa en el tiempo, ha producido todos sus frutos para el saber, para el arte, para la gobernación de su patria, es narrar hechos íntegros; es presentar el drama humano desde su exposición hasta su desenlace.

Pero bosquejar el cuadro de una vida, cuyo hilos rotos flotan al acaso; de una vida que fué sólo una mañana tempestuosa, aunque anunciaba ser un mediodía espléndido y una serena y luminosa tarde, es tomar la pluma del biógrafo para cambiarla pronto por la del poeta, y dejando el terreno de la realidad, lanzarse por los campos imaginarios de la fantasía. Procuraré contenerme en los límites de lo justo, sin que la amistad ni otra consideración alguna me perturbe ni extravíe.

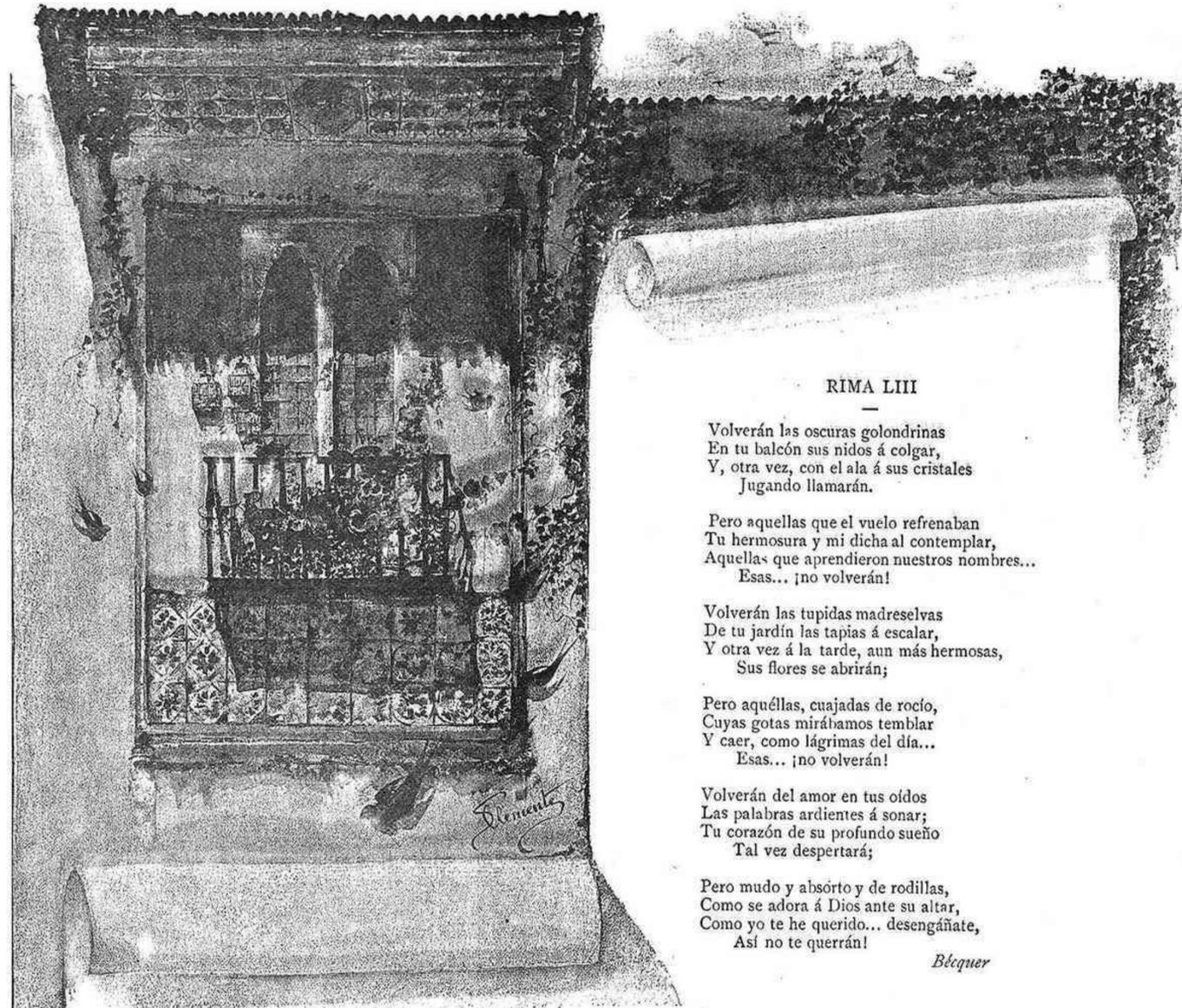
En Sevilla y en el mismo barrio en que el célebre caballero D. Miguel de Mañara, tipo original y primitivo de Lisardo el Estudiante y de D. Juan Tenorio, sintió el misterioso golpe y vió desfilar su propio entierro, nació en 1836, dos años después que su hermano el pintor, don Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer. Eran sus



Vista de Sevilla, tomada desde los Remedios, dibujo de Antonio Cánovas

Acude, juventud sevillana, y haz tu paseo predilecto del lugar donde descansa el poeta; vé todos los días á refrescar sus laureles, á entonar himnos de loa sobre su tumba

y á levantar los ojos ante la cruz pidiendo paz eterna para el que se adormió tranquilo al sentir las alas de un ángel que se posaban sobre su frente: vé allí, y dí al que lo igno-



RIMA LIII

Volverán las oscuras golondrinas  
En tu balcón sus nidos á colgar,  
Y, otra vez, con el ala á sus cristales  
Jugando llamarán.

Pero aquellas que el vuelo refrenaban  
Tu hermosura y mi dicha al contemplar,  
Aquellas que aprendieron nuestros nombres...  
Esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas  
De tu jardín las tapias á escalar,  
Y otra vez á la tarde, aun más hermosas,  
Sus flores se abrirán;

Pero aquellas, cuajadas de rocío,  
Cuyas gotas mirábamos temblar  
Y caer, como lágrimas del día...  
Esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos  
Las palabras ardientes á sonar;  
Tu corazón de su profundo sueño  
Tal vez despertará;

Pero mudo y absorto y de rodillas,  
Como se adora á Dios ante su altar,  
Como yo te he querido... desengáñate,  
Así no te querrán!

Bécquer

antepasados oriundos de Alemania; mas ya en el siglo XVI avecindados y conocidos en la reina del Guadalquivir entre las más hidalgas familias. Fué su padre D. José Domínguez Bécquer, pintor aventajado en el género de costumbres, y su madre doña Joaquina Bastida. Ambos, el esposo antes y poco después la joven viuda, bajaron al sepulcro, dejando, á unos en la niñez y á otros en la cuna, siete hijos varones: Eduardo, Estanislao, Valeriano, Gustavo Adolfo, Alfredo y José. Un tío, anciano y sin descendencia, don Juan Vargas, se encargó de los huérfanos, haciendo para con ellos el oficio del más cariñoso padre hasta que ya crecidos pudieron ir buscando honrada subsistencia en distintas profesiones.

Había en Sevilla á la margen del río un colegio de pilotos de altura, llamado San Telmo, palacio hoy de los duques de Montpensier, en cuyo establecimiento planteado en 1681 sobre donde estuvo el arrabal de Marruecos, se refundió la antigua y famosa *Escuela de Mareantes*, de Triana. Era preciso para ingresar en ella, ser huérfano, pobre y de noble cuna; condiciones exigidas por el Estado que costeara la educación y alimento de los alumnos. Gustavo reunía tales circunstancias, y antes de los diez años era ya colegial de San Telmo. Poco después lo fué también el que estas líneas escribe, y nuestra amistad de la primera infancia se fortaleció entonces con la vida común, vistiendo igual uniforme, comiendo á una mesa y durmiendo en el mismo inmenso salón, cuyos arcos, columnas y melancólicas

lámparas colgadas de trecho en trecho me parece estar viendo todavía.

Me complazco en recordar esta época de nuestro primer vagido literario, y digo *nuestro*, porque siendo él de diez años y yo de once, compusimos y representamos en dicho colegio un espantable y disparatado drama que se titula, si mal no recuerdo, *Los conjurados*. Asimismo comenzamos una novela. Me extraña la candidez con que aquellos dos niños, ignorantes de todo, se lanzaban jugando á los dos géneros literarios que más conocimientos exigen del hombre, de la sociedad y de la vida. ¡Tiempo había de llegar en que á fuerza de penosos combates y rudas pruebas adquiriesen esta ciencia, tan difícil como amarga!

El colegio fué suprimido de real orden y nos encontramos en la calle. Decididamente la fortuna se empeñaba en que no llegásemos á ser pilotos de altura, cosmógrafos y navegantes. Gustavo fué recogido por la señora Monchay, su madrina de bautismo, persona de claro talento, que poseía bastantes libros y ¡cosa rara en mujer! que los había leído todos. Esos libros fueron una mina para

Gustavo; los leyó, los releyó, y como algunos estuviesen destrozados, faltándoles, ya el principio, ya el fin, los empezaba ó concluía de su cosecha, devanándose los sesos días enteros y semanas seguidas en semejante empeño, descomunal y extraordinario para las fuerzas intelectuales de un niño.

Por este tiempo leyó dos obras que influyeron en él notablemente; las Odas de Horacio, traducidas por el P. Urbano Campos, y las poesías de Zorrilla. Vacilando entre ambos caminos, unas veces seguía las huellas del epicúreo cantor de Roma, valiéndose de las imágenes, alusiones y ornato mitológico, y otras adoptaba con admirable facilidad el estilo pintoresco, libre, incorrecto y desigual del poeta vallisoletano. A esta época pertenecen muchas composiciones que, con otras más, en número de miles de versos, quemamos una tarde en mi casa. De las de Gustavo dos solamente recuerdo, una *Al viento*, imitación de Zorrilla; y otra en verso suelto, de corte horaciano, dirigida á mí, se empezaba de este modo:

Muy más sabrosos que la miel hiblea,  
Más gratos que el murmullo de la fuente,  
Me son, Narciso, tus hermosos versos.

En 1849, había dos pintores notables en Sevilla, con estudio abierto y concurrido por numerosos alumnos, futuros émulos, cada cual en su imaginación, de las glorias de Velázquez y Murillo; uno de tales estudios, situado en el mismo local del Museo de Pinturas, era el de D. Antonio Cabral Bejarano, persona inolvidable por su talento y tal vez más por su gracia, delicia de cuantos le trataban; el otro, establecido en un salón alto del alcázar árabe de Abdelasis, junto al patio de Banderas, se hallaba dirigido por D. Joaquín Domínguez Bécquer, hermano y discípulo de D. José, padre de Gustavo. A pesar de la circunstancia de tan próximo parentesco, ingresó éste á los 14 años en el taller de Bejarano, donde permaneció dos ejercitándose en el dibujo, para cuya arte, como para todas las demás, poseía extraordinarias dotes. Pasó después al estudio de su tío, quien, juzgándole aún con más disposiciones para la literatura, en vista de la facilidad y mérito de sus poesías, le aconsejó seguir con tesón este camino y le costó algunos estudios de latinidad. Entretanto Gustavo crecía y reunido constantemente conmigo ensanchaba sus horizontes poéticos por la meditación de los grandes modelos y sobre todo por la contemplación de la naturaleza. Entonces compusimos los tres primeros cantos de un poema histórico titulado: *La Conquista de Sevilla*. Poco tiempo antes de morir y hallándonos ambos en Madrid, ¡con qué placer me recordaba nuestros paseos en lancha por el Guadalquivir, donde bogábamos los dos entre márgenes cubiertas de álamos, sauces, palmeras, cipreses y naranjos, llenas de penetrantes perfumes de azahar y alumbradas por un sol de fuego ó por la redonda y ancha luna que hacía brillar el río como si fuese plata fundida! ¡Cómo gozaba también al recordar nuestros solitarios paseos á las ruinas de Itálica; las cien y cien le-

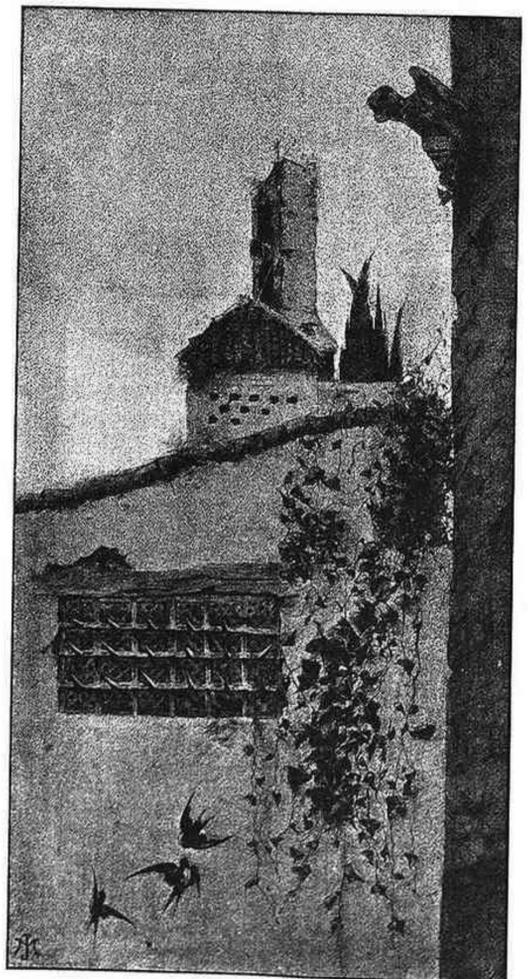
yendas que formábamos en voz baja, ya vagando por las gigantes cascos de la desierta catedral, ya inmóviles y contemplando entre la sombra de algún ángulo apartado el sepulcro de un sabio, de un santo, de un guerrero, ó las innumerables estatuas de ángeles, vírgenes, profetas, psalmistas, reyes y apóstoles que, desde los huecos de sus hornacinas ó desde los pintados vidrios, parecían mirarnos tristemente, á nosotros, tan jóvenes y entusiastas!

El tiempo es despiadado: barre y se lleva á su paso las ilusiones de la adolescencia y los fríos desengaños de la ancianidad, empujando siempre adelante, lo mismo al que teme que al que espera. En el otoño de 1854 vino Gustavo á Madrid, resuelto á conquistarse con su talento un nombre ilustre, una posición independiente. El velo de flores y oro que la poca edad y el entusiasmo tejen y desarrollan ante la vista, ocultó á la de Gustavo el desamparo, la pobreza, los sinsabores de todo género que sufrió antes y aun después de ser ventajosamente conocido y de poder subvenir á las necesidades más imprescindibles de la vida. Dando pormenores de este período de la suya, temería ser indiscreto; fuera de que en sus mismas poesías hay lo bastante para comprender lo que son días sin pan, noches sin asilo y sin sueño, padecimientos físicos y congojas morales, en la eterna lucha del genio desamparado por salvar las frías barreras que de todos lados cercan y encadenan su vuelo.

En 1857, ayudado de otros literatos, y dirigiendo la obra, emprendió la *Historia de los templos*

de España, de cuyo importante trabajo sólo pudo publicar el primer tomo, notable bajo el doble concepto de la redacción y los dibujos, algunos de los cuales son suyos, singularmente el de la portada. Todos ellos, así como otros varios sobre diversos asuntos, muestran con toda certeza que hubiera sobresalido en la pintura, á no haberla pospuesto y desatendido para dedicarse exclusivamente á las tareas literarias.

Como todo en nuestro país lo absorbe la política, en ella casi siempre se ve obligado el escritor á buscar los recursos que en el cultivo de las letras no halla, sentando plaza bajo tal ó cual enseña política, y convirtiéndose de publicista en jornalero asalariado de la publicidad, que á



DIBUJO DE J. OREJUELA, INSPIRADO EN LA RIMA LXX DE BÉCQUER

veces desarrolla proyectos que no entiende, sustenta cuestiones que no le importan, y se propone casi diariamente como supremo fin el llenar determinado número



## RIMA LXXI

Entró la noche, y del olvido en brazos  
Caí, cual nadie, en su profundo seno;  
Dormí, y al despertar exclamé: «¡Alguno  
Que yo quería ha muerto!»

Bécquer

COPIA DE UN CUADRO DE NARCISO SENTENACH

de cuartillas para aplacar la voracidad de ese insaciable monstruo llamado prensa periódica. Gustavo en 1861 escribía para *El Contemporáneo*, diario en que parece se habían dado cita muchas elevadas inteligencias. Gravemente enfermo en esta época, se retiró en busca de aires más puros, acompañándole su hermano el pintor Valeriano, al histórico monasterio de Veruela, donde escribió varias leyendas, fantásticas en su mayor parte, y las notables cartas tituladas: *Desde mi celda*, que tanto llamaron la atención al insertarse en las columnas del citado periódico.

Al año siguiente regresó á la corte, donde comenzó á publicar en unión de su buen amigo D. Felipe Vallarino la *Gaceta literaria*, cuya breve, pero provechosa existencia, bastó para darnos á conocer excelentes artículos y poesías, y el primer tomo de la *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por Adolfo Federico de Schack, traducida del alemán con sumo acierto por don Eduardo de Mier. Este año y el de 1863, continuó Gustavo formando parte de la redacción de *El Contemporáneo* y embelleciéndolo con varias leyendas llenas de ingenio, novedad y colorido poético. En los baños de Fitero, adonde fué á buscar la salud el verano del 64 acompañado de su inseparable Valeriano, compuso la leyendita del *Miserere* fantástico, y también otras varias no menos interesantes.

A su vuelta de los baños de Fitero, continuó en *El Contemporáneo*, y poco después entró en un diario ministerial, arrastrando la pesada cadena de periodista político que su situación le imponía. Digo pesada cadena, porque no puede haberla mayor para caracteres como el suyo, y sólo la necesidad más imperiosa puede hacerla soportar por algún tiempo. Cuando le llegó el de verse libre de ella, aceptando un destino que le permitía entregarse á sus estudios favoritos, mejor diré, á sus sueños, pues Gustavo era de los hombres que sueñan despiertos hasta el punto de asistir como espectadores al drama real de su propia vida, su júbilo fué grande y proyectó vastos trabajos literarios, que, habiéndolos podido desarrollar, le hubieran dado ciertamente en nuestra historia el alto puesto que su talento merecía. Durante el tiempo de su empleo escribió un breve tomo de poesías, tituladas *Rimas*. Don Luís González Bravo, ministro entonces, y particular amigo del poeta, se encargó espontáneamente de ponerlas al prólogo é imprimirlas á sus expensas: ¡tal fué la originalidad, la frescura y el sentimiento que encontró en ellas, como encuentran hoy cuantos las conocen y conocen la vida del autor!

Estalló y triunfó el movimiento revolucionario de 1868: cayó para siempre el trono de doña Isabel; ésta y sus ministros buscaron precipitadamente seguro refugio en país extranjero; Gustavo presentó dimisión de su empleo, volvió los ojos á la poesía, pero no pudo recobrar su volumen manuscrito, extraviado en aquellos días por efecto de las circunstancias de quien lo conservaba entre otros papeles y libros. Con impropio trabajo consiguió el poeta ir recordando y transcribiendo sus composiciones; retirado á la imperial Toledo, se extasiaba su espíritu ante las grandiosas ruinas de otras edades, tal vez contemplando en ellas una imagen fiel y viva de su juventud y viva de sus esperanzas, que á un tiempo iban desvaneciéndose.

En 1869, á su regreso de los baños de la costa del Norte, vino á vivir en las afueras de Madrid, en el barrio de la Concepción. Allí se entregó con afán á su vida solitaria y contemplativa,

pasaba días enteros cultivando su jardín, hablando de literatura y artes con Valeriano y los amigos que iban á visitarle, ó alternando en infantiles juegos con sus pequeños hijos. Se me olvidaba decir que en 1861 había contraído matrimonio, verdad es que á él parecía habersele olvidado también, pues, apartado de su esposa, jamás le oí hablar de ella. En este retiro apacible escribió algunas nuevas poesías, proyectamos publicar una biblioteca de grandes autores para la cual comenzamos á traducir, él á *Dante* y yo á *Homero*: organizó el notable periódico titulado *La Ilustración de Madrid*, que bajo su dirección empezó en 1870, y donde tan buena muestra dió de sí Valeriano como dibujante conocedor de costumbres y tipos españoles. ¡Quién podría decirle que dentro

de breve término habían de imprimirse en el mismo papel su necrología y la de su querido hermano!

En setiembre de 1870 ocurrió el fallecimiento de éste y desde entonces pudo afirmarse que Gustavo quedó herido de muerte; ¡tal fué el abatimiento y pesar que produjo en su alma la pérdida de este hermano y compañero, con quien había compartido siempre su bolsillo, sus esperanzas, sus largas penas y alegrías breves, su habitación y su vida! Sí, largas penas y alegrías breves, y además lucha incesante y obstinada: en estas palabras se halla comprendida su existencia. Su gozo era fugaz como el tránsito de los días primaverales; una ilusión, un desvanecimiento de un instante: no es posible leer sin pensar en esto la siguiente bellísima composición de sus *Rimas*:

Los invisibles átomos del aire  
En derredor se agitan y brillantan,  
El cielo se deshace en rayos de oro,  
La tierra se estrema alborozada:  
Oigo vibrar en olas de armonía  
Rumor de besos y batir de alas,  
Mis párpados se cierran... ¿qué sucede?  
Es el amor que pasa.

Es verdad, que pasa y no vuelve; como no vuelven tampoco las generosas ilusiones, ni las espléndidas esperanzas de la juventud. En cambio, el dolor, una vez llegado, permanece y echa de día en día, como los árboles, más honda raíces en nuestro corazón; y pues me he valido de algunos versos de Gustavo para confirmar la primera idea, sírvanme otros del mismo para lo segundo, indicando al par otra especie de tormento que le devoraba:

Me ha herido recatándose en las sombras,  
Sellando con un beso su traición:  
Los brazos me echó al cuello, y por la espalda  
Partióme á sangre fría el corazón.  
Y ella prosigue alegre su camino,  
Feliz, risueña, impávida... ¿y por qué?  
Porque no brota sangre de la herida,  
Porque el muerto está en pie.

Muerto se juzgaba ya, aunque no exhalaba su pesar en estériles ayes: muerto para la alegría y la confianza: así le veíamos siempre triste y meditabundo, como si fuera recordando en su interior continuamente una por una las páginas de su dolorosa historia, á que puso fin una rápida enfermedad el 22 de diciembre de 1870.

¿Terminaré estos apuntes biográficos examinando literariamente sus *Rimas*, *Leyendas* y demás producciones? De ningún modo. El público las ha leído y las ha juzgado; sé muy bien que es inapelable su fallo, y nunca me pareció justo ni conveniente andar disculpando faltas, ni encareciendo méritos. Lo que sí procuro con estas líneas es indicar las condiciones difíciles y adversas en que se desarrolló el genio de Gustavo, para que, no perdiéndolas de vista, pueda juzgarse, por lo que hizo, lo mucho que era capaz de hacer; y por las ideas poéticas que dejó consignadas, las muchas y grandes que llevó consigo á otras regiones más serenas y resplandecientes.

NARCISO CAMPILLO

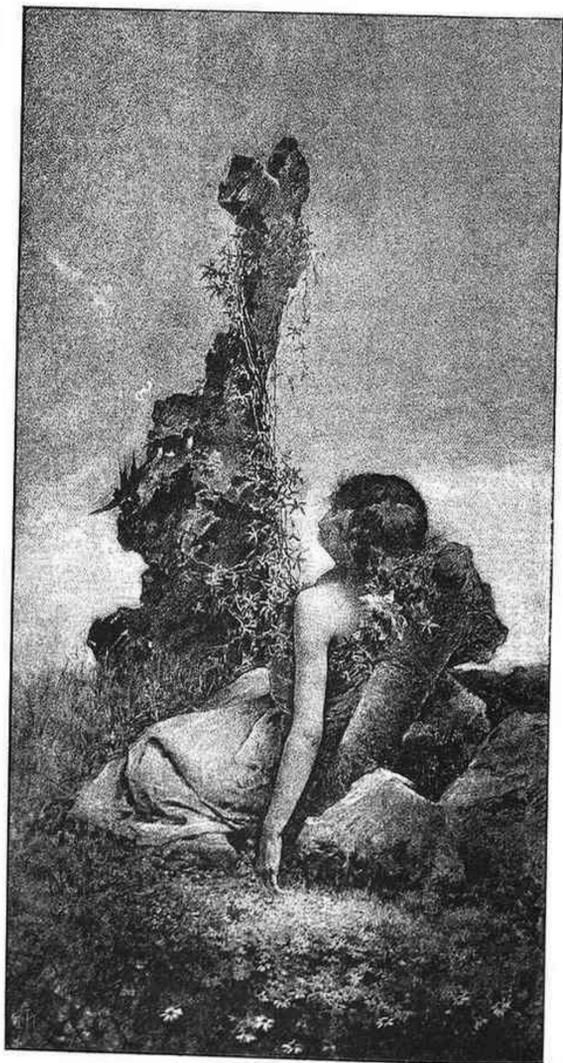
## BÉCQUER

A solas estoy contigo;  
el mundo ligero y vano  
ni mira temblar mi mano  
ni escucha lo que te digo;  
de mi confesión testigo  
es la estrella vespertina;  
muertos el gnomo y la ondina  
del realismo al golpe rudo,  
no rompen del Betis mudo  
la lápida cristalina.

Ante el becerro de oro  
gira el mundo turbulento;  
oigo en el rumor del viento  
el torpe y lascivo coro;  
del ser humano en desdoro  
el vil metal se entroniza;  
Loreley á nadie hechiza,  
la deshonor ya no arredra,  
toda mujer es de piedra  
y toda virtud ceniza.

En vano el Cristo enclavado  
desde el Gólgota nos llama,  
en vano el que siente y ama  
busca ansioso al ser amado;  
en el mar alborotado  
del vicio y de la ambición  
pesa tanto el corazón  
y de tal modo acongoja,  
que si al agua no se arroja  
no hay tabla de salvación.

Con él en la mano has ido  
recorriendo tu Calvario,  
en el inmenso espoliarío  
arrojarlo no has querido;  
los que como tú han sufrido  
del mundo ingrato la saña  
suben todos la montaña  
imposible del deseo  
y al buitres de Prometeo  
ofrecen su propia entraña.



LA ROSA DE PASIÓN, COPIA DE UN CUADRO DE MANUEL DE LA ROSA

Recatándose en la sombra  
te hirió una mano de nieve;  
morir de una herida leve  
cuando es de amor, no me asombra;  
sobre la mullida alfombra  
pasa en silencio el reptil,  
las pobres rosas de abril  
le dan al pasar su aroma  
y él los bálsamos que toma  
devuelve en ponzoña vil.

Comprendo que hayas buscado  
en las vetustas ruínas  
las vírgenes bizantinas  
que ornan el arco apuntado;  
bajo su brial plegado  
la forma carnal perece;  
ni la osada línea ofrece  
la fácil curva del seno,  
ni hay en su labio sereno  
la contracción que enloquece.

¡Oh! cuando el pecho se abrasa  
y se enciende la pupila  
y la pasión intranquila  
en nuestro ser se extravasa;  
cuando el desear sin tasa  
nuestra existencia envenena;  
cuando se desencadena  
el ciclón que dichas finge,  
hay que apoyarse en la esfinge  
hasta que pare la arena!

Que es la vida breve paso  
tú lo sabes, pues has muerto;  
¡grano leve en el desierto!  
¡gota en gigantesco vaso!  
¡sol que el Oriente y Ocaso  
alcanza en un punto mismo!  
¿Cómo existe el egoísmo?  
¿cómo el dolo aquí se encierra?  
¡va hacia el abismo la tierra  
ó la tierra es el abismo!

¡Quién sabe las leyes duras  
que nuestra existencia envuelven!  
¡quién sabe por qué no vuelven  
las golondrinas oscuras!  
Tus íntimas amarguras  
resucita mi razón  
y no alcanzo, en conclusión,  
cuál fué tu mayor tormento:  
si el ser todo *pensamiento*  
ó el ser todo *corazón*.

BENITO MÁS Y PRAT

EL PRÓLOGO DE BÉCQUER

¿Habéis leído la *Introducción* del poeta sevillano á la primera edición de sus obras? ¿Recordáis esos engendros inagotables, desnudos y deformes, revueltos y barajados en indescriptible confusión, que, como esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen dentro de las entrañas de la tierra sin encontrar fuerzas bastantes para salir á la superficie y convertirse, al beso del sol, en flores y frutos, procreaba de continuo en su mente el extraño maridaje del insomnio y la fantasía?...

Pues son la revelación primera del genio.

Allá en esos limbos ignorados en que se tocan lo consciente y lo inconsciente; en esa unidad inefable en que la materia y el espíritu se penetran, el artista siente y el filósofo prevé pero no razona ni se explica, se encuentra la materia cósmica del Arte.

Pensamientos indescifrables, átomos, ya luminosos, ya invisibles que aparecen y desaparecen, se juntan y se apartan para volverse á juntar en figuras extravagantes é incoherentes, constituyen ese mundo en incubación, esa nebulosa del universo de lo bello.

Pero la mole se agita... La creación comienza.

Un momento después, en el espíritu del poeta se verifica la conjunción divina de la inteligencia y del amor.

La idea esclarece y ordena aquel revuelto caos; el sentimiento purifica las formas; lo infinito se encarna en lo finito y el misterio de que nace la belleza se consuma.

La creación gigante no cabe ya en la cabeza estrecha de un mortal; á su irresistible influjo, la palabra ruda se convierte en torrentes de armonía...

¡Descubríó!...

Es el vate, el adivino; es el poeta, es el sacerdote, es el inspirado, ¡es Dios mismo que habla por la boca del poeta!

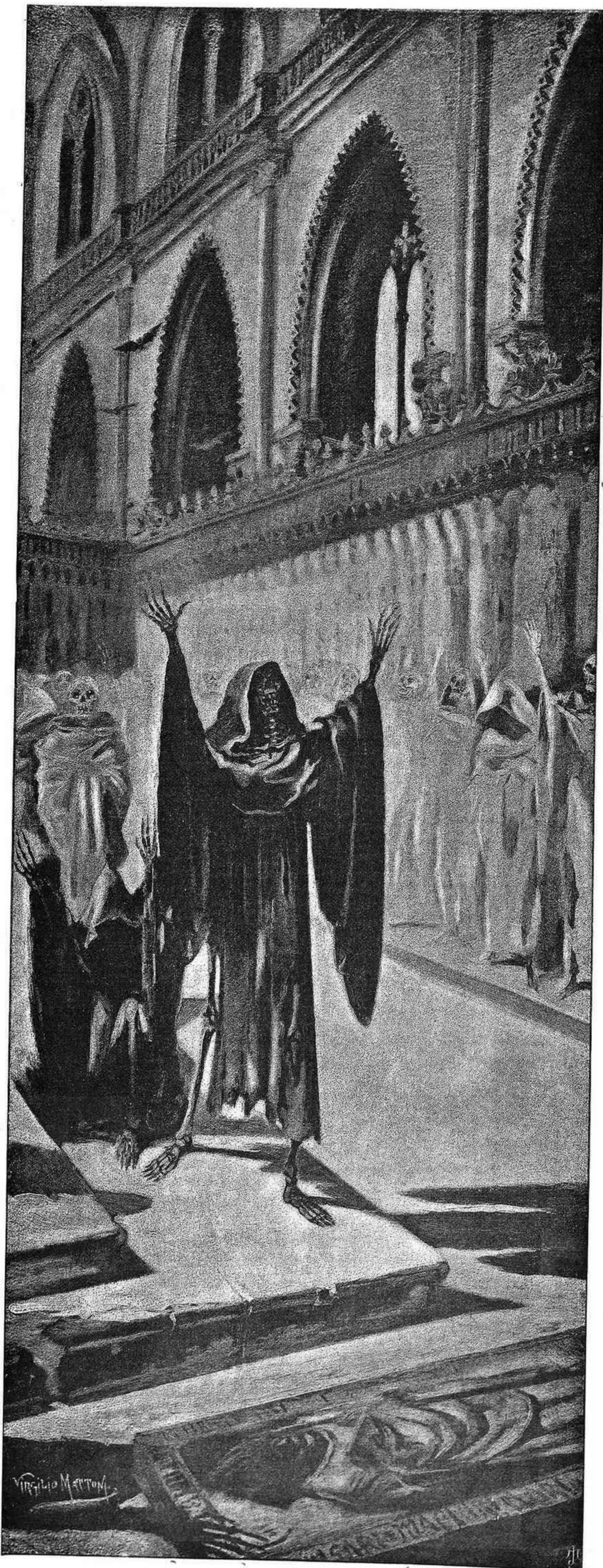
Os trae á la tierra lo perfecto, lo que eleva, lo que ennoblece, lo que sublima. A su voz huye la muerte y las generaciones pasadas resucitan; lo mezquino se esconde avergonzado; calma la tempestad de las pasiones; brilla el ideal como el eterno faro de la vida y el alma tiende sus alas invisibles, procurando arrastrar el cuerpo á su celeste patria.

¡Coronas de palma y de laurel para el poeta! ¡Bécquer ha triunfado!...

Mas ¡ay! traed también coronas de ciprés empapadas en lágrimas...

Joven aun, al peso de su inspiración ha sucumbido...

FEDERICO DE CASTRO



MATTONI. - El Miserere



La Giralda, dibujo á la pluma, de José Pineda

LA POESÍA

Podrá no haber poetas; pero siempre habrá poesía!!!

BÉCQUER

I

No es de la estatua el cincelado mármol,  
Ni la ardiente palabra:  
Ni las notas que vibran en el viento,  
Del laúd arrancadas:

No es el color de múltiples matices,  
Ni la correcta línea...  
Nota, mármol, color, línea, palabra,  
Las formas son no más de la Poesía.

¡Forma rebelde! Al pensamiento pone  
En cruento martirio...  
¡Para expresar lo ilimitado, sólo  
Tiene medios finitos!

Dios es belleza, para el alma humana  
Poco á poco visible...

Será poeta quien lo bello ame,  
Y, amando, lo realice.

¿Y dónde, me diréis, vive lo bello?  
¿Dónde brotan las fuentes  
Que templan con sus aguas cristalinas  
La sed que el alma siente?

En la verdad que la razón columbra;  
En el bien que se ama;  
Donde al soplo de Dios, un mundo alienta;  
Donde de Dios, el pensamiento encarna.

El corazón por celestial impulso,  
Lleva al ansiado centro,  
Y brillante le alumbraba en su camino  
La luz del pensamiento.

No, no es la forma, realidad corpórea,  
No es la forma Poesía...  
¡Encarnada en el mármol de la estatua  
Una idea palpita!

II

Virgen celeste, que del alto cielo  
Baja á la tierra en alas de la tarde,  
¿Quién no levanta, por su blando influjo,  
La mustia frente que el dolor abate?

En los revueltos mares de la vida,  
Cuando las olas y los vientos braman,  
Eres, Poesía, para el triste náufrago,  
La salvadora tabla.

Tú no socavas los ciclópeos muros  
De templos seculares,  
Ni aventas las cenizas del pasado  
Como impuras cenizas de un cadáver.

Tú no despojas de su azul al cielo  
Ni manchas el plumaje de tus alas...  
Tú vuelas poderosa; no rastreas...  
Tú no aterras al hombre; tú le ensalzas.

Tú vives á la luz del claro día;  
No duermes á la sombra de la noche...  
Tú no enciendes la guerra; tú la apagas...  
Tú no forjas cadenas; tú las rompes...

Tú no deshojas con aleve mano  
La flor de la inocencia...  
¡Tú no te atreves al altar bendito  
Donde la Cruz del Redentor se eleva!

III

Se atreva al rojo sol la oscura nube,  
Y el sol radiante brilla;  
El hombre niega á Dios; pero ¡qué importa!  
¡Dios es perpetua vida!

Podrá existir quien al amor no entregue  
Las llaves de su pecho;  
Pero el amor, dulcísimo tirano,  
Será señor y rey del Universo.

Niega la luz el ciego, en las tinieblas  
De su vida angustiada;  
Y le brinda la luz con dulces besos,  
Cual madre que perdona.

No porque en pueblos á la fe dormidos,  
Triunfe la tiranía,  
Muere la libertad. Párase el hombre  
Alguna vez; la Humanidad camina.

IV

Dormirá el ave en el oculto nido,  
Que su amor alegraba,  
Y correrán las aguas del torrente  
Turbias y alborotadas:

Huirán, acaso, del inculto suelo  
Las brisas y las flores,  
Y sobre el mundo tenderán su manto  
Las sombras de la noche...

Aunque el invierno para el alma llegue,  
Las fuentes de lo bello no se agotan...  
¡Siempre el incienso subirá á la altura!  
¡Siempre darán las flores sus aromas!

Podrá no haber cantores, que del alma  
Interpreten la música divina...  
«¡Podrá no haber poetas! pero siempre  
Alentará la Virgen Poesía!»

LUIS MONTOTO



Amparo, copia de una tabla pintada por Ildelfonso Cañaveral

EL GÉNIO.-LA INSPIRACIÓN

(DE UN LIBRO INÉDITO)

Quasi naves... sicut nubes... velut umbra.

LIBRO DE JOB

¡Genio!  
¡En qué manera tan bella, tan expresiva, y al par tan gráfica, profunda y filosófica dió forma á esta idea abstracta la antigüedad!

Es un hermosísimo niño que juega con los atributos de todas las ciencias, de todas las artes... Sobre su cabeza hay una llama, una luz, una lengua de fuego simbolizando la inspiración.

Pero esa luz está fuera del cuerpo: es independiente de la materia; brilla sobre esta, y bien claro se ve que no la toca, por tener origen y destino superior.

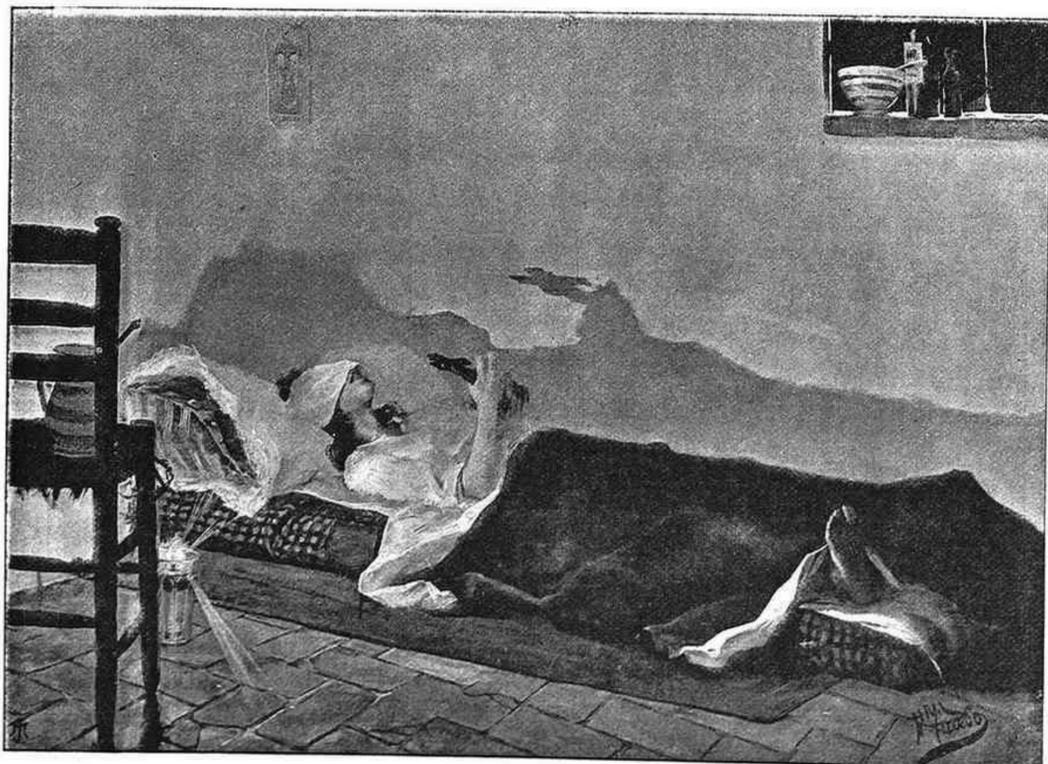
La materia perece: el genio es inmortal. No puede expresarse la idea de una manera más clara.

La llama, la luz, es el espíritu. Es el *quid divinum*, el soplo de Dios que anima el barro, mas no puede confundirse con él. Nunca las modificaciones de la materia llegarán á alterar lo que es divino por origen é inmortal por esencia.

Desaparece el hombre: el polvo vuelve al polvo: lo que era nada tornarse ha en nada y hombre tras hombre pasan las generaciones casi como naves perdidas en el mar, á manera de fugaces nubes... menos todavía... como sombras.

Pero cuando se rompe el barro, al disolverse la materia, la llama que irradia sobre ella sin tocarla sube á región más pura, se separa del mundo, y solamente permanecen y duran sus resplandores, en reflejos más ó menos vivos, cuando el hombre ha sabido encadenar la huella de su espíritu en obras que puedan contribuir al adelanto y perfeccionamiento de la humanidad en sus etapas subsiguientes.

La medida del genio está en la importancia de su obra...



Cerraron sus ojos  
Que aun tenia abiertos;  
Taparon su cara  
con un blanco lienzo!

Cuadro de Fernando Tirado, inspirado en la Rima X de Bécquer

¡Las obras del genio!

¿Sabe acaso el hombre el alcance de sus inspiraciones en la posteridad? ¿Puede imaginar siquiera si han de sobrevivir las manifestaciones de su ingenio y crecer en importancia y ser aplaudidas y estudiadas, ó están destinadas á morir con el sol que las vió nacer?

Homero y Murillo, Shakespeare y Cervantes, Miguel Angel y Esquilo, Velázquez y Dante, ¿pudieron soñar ni aún remotamente la importancia trascendental de sus creaciones, ni la refulgente aureola de gloria que circunda sus nombres á través de los siglos?

Tiene el genio conciencia de su propia valía... siente la inspiración... trabaja con fe... Su lugar en el porvenir no es posible que se le manifieste.

¡Bécquer! ¡Lira que canta, corazón que gime!

¡Cuánto de notable encierra su representación en la historia del arte moderno! ¡Con cuánta inspiración, con cuánto verdadero genio reúne en sus obras el concepto filosófico de las presentes aspiraciones, con todo lo grande, con todo lo hermoso, con todo lo noble, levantado, bello y armonioso que conserva la antigua escuela Sevillana!

En eso consiste su grandeza; por esta razón es tan simpático á la generación que ha escuchado sus cantos.

Los poetas andaluces, brillantes en sus concepciones; abundantes de luz, de color, de armonía en sus pinturas; entusiastas de la patria, de la fe, del valor... eran los bardos de la antigua España, que no encontraban todavía su oportuno lugar en la evolución contemporánea.

BÉCQUER, genio y pensador, poeta y filósofo, sensible y desgraciado, encontró en sus propias desventuras la apetecida y ambicionada unión del canto de las tradiciones con el canto del filósofo. En sus obras se siente y late la sociedad antigua con las formas y la amargura de nuestras presentes convulsiones.

Y es que en su inspiración toma vuelo desde los jardines, las iglesias y las torres de Sevilla y las pinta con el subjetivismo de sus propias desdichas. Mira á la sociedad que le rodea y encuentra escepticismo, decepciones, frialdad y desventuras; pero como tiene siempre la vista fija con indecible ternura, con amor de hijo, en las glorias y tradiciones de sus mayores, encuentra por doquiera fe, patriotismo, religión y lealtad y con ellos forma el fondo de todos sus cantos.

La antítesis que resulta de la fusión de ambas grandeas, es el secreto de la hermosa poesía de BÉCQUER...

JOSÉ M. AUSENSIO



Copia de un boceto de Ricardo López, inspirado en la Rima X de Bécquer

PODER DEL GENIO

Con lógica implacable, la experiencia nos conduce al fatal convencimiento de que engrandece su poder la ciencia á costa del poder del sentimiento.



Retrato del malogrado pintor Valeriano D. Bécquer, hermano del poeta, pintado por Eduardo Cano

Despreciada la fe, ya su dominio contra el pesar al corazón no escuda y hace la misma luz del racionio más siniestras las sombras de la duda.

De investigar ante el afán creciente, más fácil ha de ser para cualquiera dividir un macizo continente que arrancar una lágrima sincera.

No tus laureles mancillar pretendo ¡siglo inmortal! De inmarcesible gloria van tus conquistas pródigas cubriendo las páginas más grandes de la historia.

Pero á medida que con noble brío prosigues tu carrera soberana, vas dejando en las almas un vacío que no puede llenar la ciencia humana!

¡Bécquer, Bécquer! Tu genio esclarecido mi admiración frenética promueve, porque has hecho llorar, has conmovido á los hombres del siglo diez y nueve!...

AMANTE LAFFÓN

CARTA Á MR. ACHILLE FOUQUIER

Mi distinguido y excelente amigo: prometí á V. durante nuestros ratos de conversación en su deliciosa quinta de San Juan de Luz, el pasado verano, enviarle algunas noticias inéditas referentes á Gustavo Adolfo Bécquer, cuyas leyendas, en su mayor parte, ha traducido al idioma francés de una manera magistral, publicando un volumen lujosamente impreso y enriquecido con bellísimas aguas-fuertes, dibujadas por el reputado artista D. Santiago Arcos. Oblíganme á cumplir mi oferta, á más de los sentimientos de sincera amistad hacia V., el deber que tengo como buen español y entusiasta del gran poeta, de demostrarle mi reconocimiento por haber dado á conocer á los literatos franceses las más preciosas muestras del esclarecido ingenio del poeta sevillano, aplaudido hoy ya en Francia como en España, gracias á la versión hecha por usted. Ahora, pues, que se me ofrece propicia ocasión, le envío los datos que poseo para que cuando realice el propósito de imprimir segunda tirada, pueda aumentar con ellos la biografía de aquel infortunado soñador.

Mil veces he intentado escribir algunos renglones acerca de este ilustre ingenio, traduciendo por medio de palabras los íntimos sentimientos que en mí ha despertado desde niño la lectura de sus obras. Mi empeño ha sido inútil; tantas veces como me he propuesto hacerlo, cansada la imaginación, fatigado el espíritu, he tenido que renunciar á mis deseos. Si en las tardes de otoño en las poéticas márgenes del Guadalquivir veía ponerse el sol detrás de los muros y torres del monasterio de la Cartuja, teniendo á mi derecha la oscura mole del abandonado convento de San Jerónimo y á mis espaldas los de Santa Clara y San Clemente, vigilado el uno por la gigantesca y sombría atalaya de D. Fadrique y el otro con su ligera espadaña esmaltada de azulejos, venían siempre á mi memoria las inmortales narraciones de mi poeta favorito: si al recorrer las empinadas y tortuosas callejas de la imperial Toledo acudían á mi mente sus inimitables descrip-

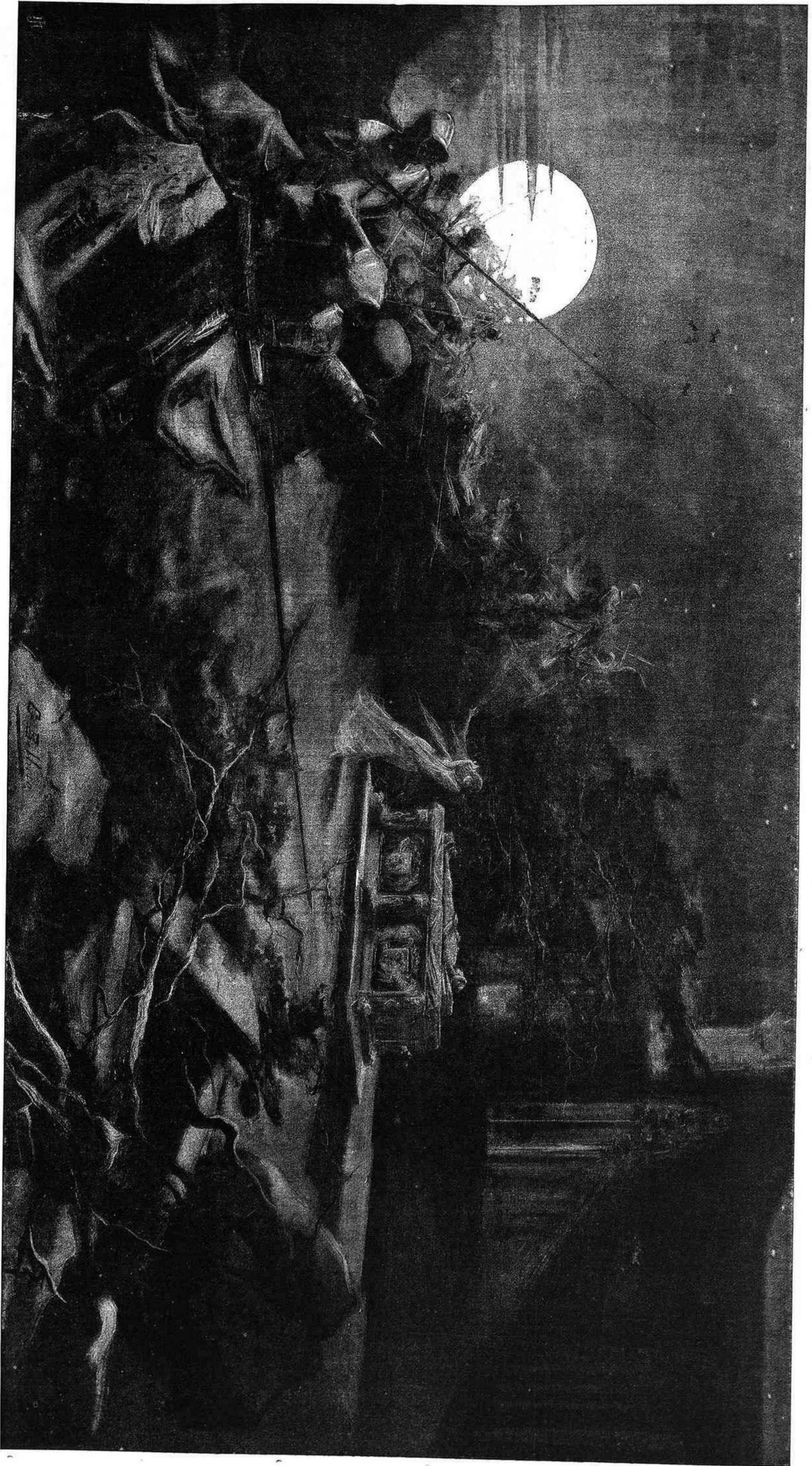
ciones, sus sentidas leyendas, llevando en el alma viva la impresión causada por sus palabras, las ideas que entonces bullían desordenadamente dentro de mi cerebro pugnaban por romper su estrecha cárcel y manifestarse al exterior, mi mano quería obedecer á aquellos impulsos, pero no sé por qué secreto misterio permanecía quieta sobre el papel sin haber llegado nunca á escribir un solo renglón. Como resultado de este fenómeno psicológico cuya causa no he podido explicarme, trataré sólo de consignar algunas notas que podrán ser útiles para alguien que trate de escribir la biografía de este ilustre hombre. Recientes se hallan los hechos culminantes de su vida, aun existen sus deudos y amigos, restan al presente los documentos que vamos á transcribir; pasarán años, desapareciendo con ellos las personas, y ¡quién sabe también si los originales que ahora copio! Muéveme al intento que me propongo rendir un testimonio de admiración á la memoria del poeta y al mismo tiempo dejar impresos ciertos pormenores que la posteridad se encargará de juzgar. Junto al entusiasmo de la juventud, á sus nobilísimos impulsos, á sus esfuerzos y generosa lucha para tributarle un homenaje de gloria, aparecen también las sordas y mezquinas pasiones de políticos sin corazón, que, incapaces de sentir y menos aun de comprender los vuelos de aquel espíritu, pretenden hallar con el escalpelo de la fría razón motivos de censura para manchar su memoria; y mientras que los artistas y escritores sevillanos todos se agrupan impulsados de una misma idea, y el Municipio y Corporaciones acuden solícitos á prestar su concurso para honrar las venerandas cenizas, callada y encubiertamente se crean oposiciones á la realización de estos proyectos, niégase un asilo á sus huesos alegando fútiles pretextos, y llega la pasión hasta el extremo de lanzar gravísimas acusaciones en el concepto religioso para atraer la odiosidad de algunos á los sacrificios desinteresados de tantos hombres. Creo, mi buen amigo, como antes manifesté, que no corresponde á los contemporáneos juzgar estos procederes: dejemos á la posteridad tan difícil encargo, si bien por mi parte pido al cielo aleje de mi mente



La Musa de Bécquer, de Juan Aldaz

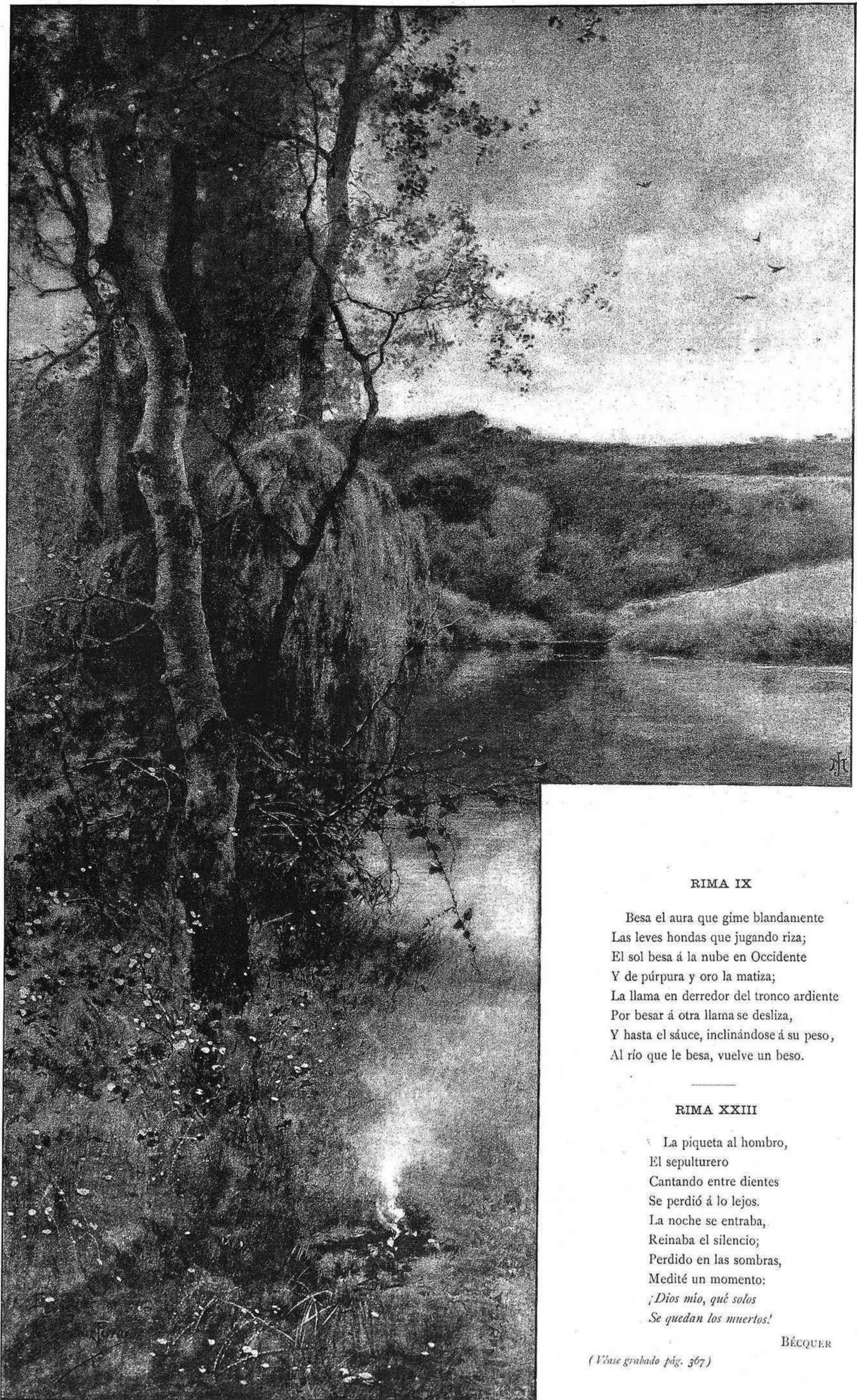
el pensamiento de oscurecer la memoria de los que fueron, con suposiciones nacidas de la pasión religiosa ó política, mala consejera siempre. Sentados estos precedentes que he creído necesarios, no para hoy, sino para lo porvenir, voy á trasladar á V. la partida bautismal de Gustavo Adolfo Bécquer, salvándola de los trastornos y vicisitudes de los tiempos.

Gustavo «En jueves 25 de Febrero de 1836 años D. Antonio Rodriguez Arenas Pbro. con licencia del infrascrito Cura de la Parroquia de Sn. Lorenzo de Sevilla: bautizó solemnemente á Gustavo Adolfo que nació en 17 de dicho mes y año hijo de José Dominguez Vequer (sic) y Doña Juaquina (sic) Bastida su legítima mujer. Fué su madrina Doña Manuela Monahay vecina de la collacion de Sn. Miguel á la que se advirtió el parentesco espiri-



EL MONTE DE LAS ANIMAS, copia de un cuadro de Gonzalo Bilbao

«Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin salir del *Monte de las Animas*, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vio á los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Loria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como á una hiena á una mujer hermosa, pálida y desmelendada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.» — (*Riquier*)



## RIMA IX

Besa el aura que gime blandamente  
 Las leves hondas que jugando riza;  
 El sol besa á la nube en Occidente  
 Y de púrpura y oro la matiza;  
 La llama en derredor del tronco ardiente  
 Por besar á otra llama se desliza,  
 Y hasta el sáuce, inclinándose á su peso,  
 Al río que le besa, vuelve un beso.

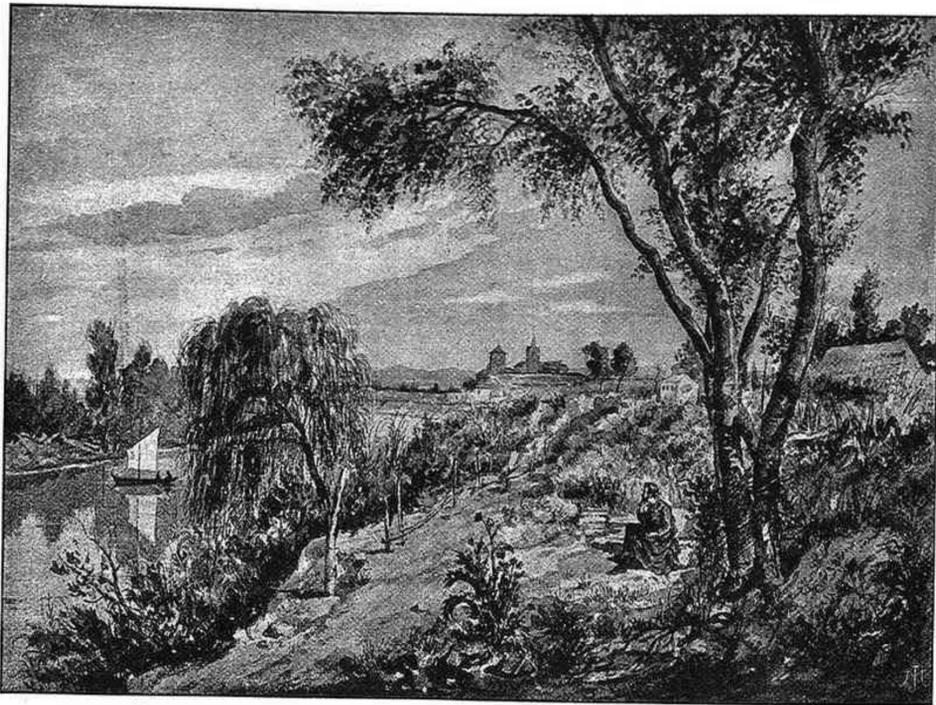
## RIMA XXIII

La piqueta al hombro,  
 El sepulturero  
 Cantando entre dientes  
 Se perdió á lo lejos.  
 La noche se entraba,  
 Reinaba el silencio;  
 Perdido en las sombras,  
 Medité un momento:  
*¡Dios mío, qué solos  
 Se quedan los muertos!*

BÉCQUER

*(Véase grabado pág. 367)*

Copia de un dibujo de Emilio Sánchez Perrier



El sueño del poeta, dibujo de M. Cabral Bejarano

tual y obligaciones y para verdad lo firmé. — Antonio Lucena Cura.»

Con objeto de aclarar las dudas que pudieran ocurrir de la letra de este documento, debo hacer á V. las siguientes declaraciones que me ha facilitado el Sr. D. Estanislao Bécquer, hermano de Gustavo.

Don Martín Bécquer, mayorazgo y Veinticuatro de Sevilla, oriundo de Flandes (1), casó con doña Ursula Díez de Tejada, siendo padres de D. Juan y doña Mencía Bécquer. Casó ésta con D. Julián Domínguez, de quien tuvo á su hijo D. Antonio Domínguez y Bécquer, que á su vez contrajo matrimonio con doña María Antonia Insausti y Bausa, que fueron los padres de D. José Domínguez Insausti y Bausa, marido de doña Joaquina Bastida y Vargas,

(1) La familia de los Bécker ó Bécquer, procedente de aquel país, vino á establecerse en España á fines del siglo XVI ó en los comienzos del XVII. Restan memorias de este tiempo en la Catedral de Sevilla, según acredita la inscripción que se encuentra en la verja de la capilla de los dos Santiagos, Mayor y Menor, que dice así: ESTA CAPILLA Y ENTIERRO ES DE MIGUEL ADAM BÉCQUER HERMANOS Y DE SUS HEREDEROS Y SUCESOROS. ACABÓSE AÑO DE 1622.

Tanto estos señores como sus descendientes gozaron de gran respeto, y algunos de sus miembros aparecen como Veinticuatro, cargo que sólo podía obtenerse perteneciendo á esclarecido linaje y necesitando los que aspiraban á él presentar pruebas de nobleza.

Sus armas son: escudo de azul y un cheurrón de oro cargado de cinco estrellas de azul, acompañado de dos hojas de trébol de oro puestas en los cantones superiores del escudo, y en la punta una corona de oro.

padres de Gustavo Adolfo, Valeriano, Estanislao, Ricardo, Alfredo, Eduardo, Jorge y José.

Ha salvado del olvido los hechos más importantes de la vida del poeta, su amigo del alma el Sr. D. Ramón Rodríguez Correa en la notable biografía que va al frente de sus obras; nada puedo añadir á estas noticias, pero sí daré á V. algunas que se relacionan con su memoria.

A fines de 1879, ó en los comienzos del 80, regalé al Excmo. Cabildo Catedral un retrato de Gustavo Adolfo, pintado generosamente por el autor del gran cuadro de Hamlet, por Barbudo: después de pocos meses que estuvo en los salones de la famosa Biblioteca Colombina, colocado entre los demás de sevillanos ilustres, se quitó de su sitio y ocultóse en una dependencia de la citada Biblioteca: los artistas, literatos y la prensa sevillana, dirigieron con este motivo á la Excmo. Corporación eclesiástica la siguiente solicitud:

«Excmo. é Ilmo. Cabildo de esta Santa Iglesia de Sevilla. — Los que suscriben, deseosos de honrar la memoria del ilustre escritor Gustavo A. Bécquer, á V. E. I. suplican se digne disponer la colocación de su retrato entre los de sevillanos insignes que ornán los muros de la Biblioteca Colombina. Petición que esperan será atendida, dado el reconocido saber de V. S. I. — Sevilla 14 de Agosto de 1880.» Seguían cincuenta firmas. El retrato no llegó á colocarse de nuevo. Al cabo de cinco años, en 18 de junio del próximo pasado, me ha sido devuelto, quedando por ahora en depósito en la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País.

Extrañará V. que no se lleve á efecto el sepelio de los restos mortales de Bécquer en la Capilla de la Universidad Literaria, como en un principio se había pensado, pero ha habido tales dificultades, que se ha renunciado á inhumarlos en aquel templo, entre ellas por encontrarse las bóvedas absolutamente rellenas de tierra y cascotes, y ya V. comprenderá que ante esta razón no hay más que callar. Dejando á un lado estos detalles, tan naturales de la condición humana, voy á terminar enviándole copia de una composición inédita de nuestro poeta, conservada en el álbum de los Sres. de Tolache: así al menos olvidará V. el efecto que hayan podido causarle algunos renglones de mi carta. Dice así:

La gota de rocío que en el cáliz duerme de la blanquísima azucena, es el palacio de cristal en donde vive el genio feliz de la pureza. El la da su misterio y poesía, él su aroma balsámico le presta, ¡ay! de la flor si de la luz al beso se evapora esa perla.

De V. afmo. S. S. Q. B. L. M.

JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

Sevilla 13 abril 1886

LA NOCHE TRISTE

(Fragmento de la leyenda inédita: El hombre de piedra)

XIX

Entraron por la calzada, entre sombras caminando, y empezó mal la jornada, pues mal se va confiando en la noche y no en la espada. Marchaban entre la bruma, mudo el labio, el paso incierto, recordando á Motezuma

y sintiendo cómo un muerto á tantos vivos abruma. Queda atrás su cuerpo inerte, atrás sus vastos jardines y su mansión rica y fuerte. ¡Detrás risas y festines! ¡Delante el luto y la muerte!

Aquella calzada inmensa, estrecha como mortaja y los temores condensa, y envuelta entre sombra densa, las esperanzas ataja.

¡Qué recelos al andar! ¡Y qué ansiedad por salir de aquel tremendo lugar sin matar y sin morir, pues era morir matar!

Iban muy pesadamente arrastrando los cañones; muy silenciosa la gente; muy despacio los bridones; muy triste Cortés valiente.

Los indios con mucha carga; los nuestros con mucho oro que les pesa y les embarga, pues defender el tesoro es perder la vida amarga.

No retirada marcial, parece fúnebre duelo; y de duelo dan señal con sus crespones el cielo, con su grito el vendaval.

Ni hubo tardanza ni olvido, fué todo bien calculado; fuerte puente construido, en fuertes hombros llevado y á todo azar prevenido.

Mucho la calzada aterra, que aquella laguna impura que entre sus sirtes la encierra,

tiene traiciones de guerra y horrores de sepultura.

Poco camino anduvieron. La calzada estaba rota y con gran asombro vieron peñascos que el agua azota entre abismos que se abrieron.

¡Venga el puente! se clamó en un grito. Llegó el puente. Entre miedos se tendió y sobre él como un torrente la hueste se desbordó.

Con gran peso y mal segura la móvil puente cruja, y la hueste sin ventura se apiñaba y se embestia con angustiosa locura.

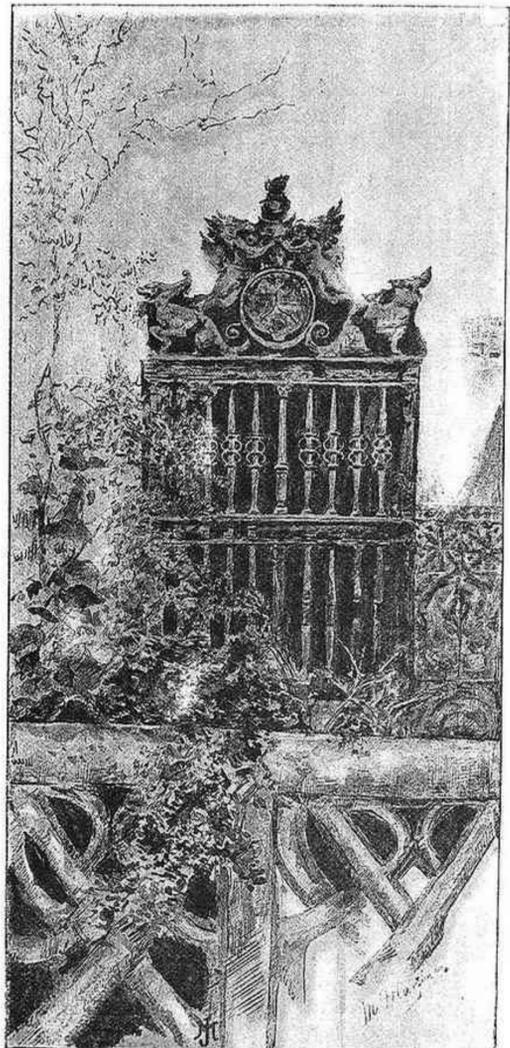
Allí el temor se hacinaba produciendo horrible estrago, y la gente se apretaba cayendo dentro del lago la que del puente sobraba.

Y entre horribles confusiones al agua echaron el oro, botín de sus ambiciones, y al agua, entre duelo y lloro los no vencidos cañones,

aquellos bronces que fueron los que á Tabasco asombraron, los que á Tlascala rindieron, los que á tantos valles dieron ecos que á España aclamaron.

La tormenta iba á estallar, mas por amargo sufrir, entre el horrendo luchar ni habla rayos para herir, ni truenos para asombrar.

Al fin la puente cedió. Se oyó un grito. En torbellino gran muchedumbre rodó.



Ventana de la casa de Pilatos, dibujo de M. Martínez

Se abrió al lago en remolino y á cien guerreros tragó!

Y luego... la furia loca de la sirte que en espuma se estrella contra la roca, y la avalancha que abruma y el simón que sofoca.

Luego... el incendio sin valla y las furias sin cadena, y el torrente sin muralla, y el mar que se desenfrena, y la tormenta que estalla.

Todo tomando color de sangre, voz de lamento, de rabia insana el furor, de cruel aullido el clamor, de atroz venganza el intento.

Era preciso matar para evitarse morir, y luchar sin descansar, pues sólo dejar de herir era la vida dejar.

Y la oscuridad cerraba cuanto más se combatía. ¡Entre sombras se mataba! ¡La noche se enrojecía y olor de sangre tomaba!

Era rudo el pelear, sin tregua el acometer, interminable el matar, para la fuga el luchar, para vivir el vencer.

¡Qué estrago! ¡Y qué confusión! ¡Y cómo el oro pesaba

al brazo y al corazón! ¡Cómo el que más rico estaba estaba en más perdición!

¡Y cómo la fiera suerte de la ambición se reía viendo en aquel trance fuerte al que más oro tenía

encontrar más pobre muerte! ¡Tanto afán para adquirir de riquezas gran exceso, y, al fin, para conseguir ver trocado el oro en peso en la hora de morir!

¡Ricos murieron! La historia á sus nombres no dió auxilio é hizo olvidar su memoria, que en el templo de la gloria entra el héroe, no el avaro.

¡Noche triste! ¡Noche triste! ¡Noche aciaga y sin fortuna! toda luz en niebla hundiste porque no viera quisiste

tinta en sangre la laguna, tinta en sangre la calzada, muertos tantos campeones prez de la patria adorada, desgarrados los pendones, la santa cruz mancillada.

¡Noche triste! Con gemidos tus amarguras contaron los héroes esclarecidos que se vieron ¡tan vencidos!

¡Y tanta fama lograron! No el laurel lozano crece



La torre del Oro y el puente de Triana, por José Lafita



de obras á cual más propia y encantadora. Ya retratará á Sevilla, su país natal, con todos sus encantos, ya nos manifestara las escenas de la vida íntima de las sencillas gentes de Castilla ó de la Mancha, ya nos representara los graciosos incidentes de sus viajes y sus estancias en posadas y ventas, siempre se ve en él un talento y una distinción, una vista tan superior que el lápiz en sus manos no hace á veces menos que la pluma en la de Cervantes.

Los realistas de hoy, los que han venido á destruir á los idealistas puros de mediados del siglo, no pueden por menos que ver en Valeriano una protesta de las ideas entonces tan en boga, una avanzada en el mundo de la observación y de la experiencia, un antropólogo profundo que estudia al hombre en su vida real y terrestre y lo comprende y retrata en sus más características variedades, en sus más elocuentes determinaciones. La fatalidad que se cernía sobre estos hermanos, cortó para desdicha nuestra tan tempranamente su existencia, como la de Gustavo.

NARCISO SENTENACH

DESDE MI CELDA

(FRAGMENTO DE LA CARTA TERCERA)

En Sevilla y en el margen del Guadalquivir que conduce al convento de San Jerónimo, hay cerca del agua una especie de remanso que fertiliza un valle en miniatura formado por el corte natural de la ribera, que en aquel lugar es bien alta y tiene un rápido declive. Dos ó tres álamos blancos, corpulentos y frondosos, entretejiendo sus copas, defienden aquel sitio de los rayos del sol que rara vez

terio tienen la forma de un corazón; los insectos de oro con alas de luz, cuyo zumbido convida á dormir en la calurosa siesta, vendrían á revolotear en torno de sus cálices; para leer mi nombre, ya borroso por la acción de la humedad y los años, sería preciso descorrer un cortinaje de verdura. ¿Pero para qué leer mi nombre? ¿Quién no sabría que yo descansaba allí? Algún desconocido admirador de mis versos plantaría un laurel que, descollando altivo entre los otros árboles, hablase á todos de mi gloria; y ya una mujer enamorada que halló en mis cantares un rasgo de esos extraños fenómenos del amor que sólo las mujeres saben sentir y los poetas descifrar, ya un joven que se sintió inflamado con el sacro fuego que hervía en mi mente y á quien mis palabras revelaron nuevos mundos de la inteligencia, hasta entonces para él ignotos, ó un extranjero que vino á Sevilla llamado por la fama de su belleza y los recuerdos que en ella dejaron sus hijos, echaría una flor sobre mi tumba, contemplándola un instante con tierna emoción, con noble envidia ó respetuosa curiosidad: á la mañana, las gotas del rocío resbalarían como lágrimas sobre su superficie.

Después de remontado el sol, sus rayos la dorarían penetrando tal vez en la tierra y abrigando con su dulce calor mis huesos. En la tarde y á la hora en que las aguas del Guadalquivir copian temblando el horizonte de fuego, la árabe torre y los muros romanos de mi hermosa ciudad, los que siguen la corriente del río en un ligero bote que deja en pos una inquieta línea de oro, dirían al ver aquel rincón de verdura donde la piedra blanqueaba al pie de los árboles: «allí duerme el poeta.» Y cuando el gran Betis dilatase sus riberas hasta los montes; cuando sus alteradas ondas, cubriendo el pequeño valle, subiesen hasta la mitad del tronco de los álamos, las ninfas que viven ocultas en el fondo de sus palacios, diáfanos y transparentes, vendrían á agruparse al rededor de mi tumba: yo sentiría la frescura y el rumor del agua agitada por sus juegos; sorprendería el secreto de sus misteriosos amores, sentiría tal vez la ligera huella de sus pies de nieve al resbalar sobre el mármol en una danza cadenciosa, oyendo, en fin, como cuando se duerme ligeramente se oyen las palabras y los sonidos de una manera confusa, el armonioso coro de sus voces juveniles y las notas de sus liras de cristal.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

LA VIDA

Primero la niñez dulce y serena  
Sin inquietud ni pena,  
Resbalando entre juegos y sonrisas;  
¡Puro y naciente albor, fresco capullo,  
Indescifrable arrullo  
De ondas y ramas, pájaros y brisas!

Feliz después la juventud despierta  
Como la flor abierta,  
Y perfuma el amor los corazones;  
¡Ardiente claridad, fijo deseo,  
Misterioso aleteo  
De sueños, de esperanzas, de ilusiones!

Luego la ancianidad triste y sombría  
Como nublado día,  
Entre recuerdos al sepulcro marcha;  
¡Rayo crepuscular, seco ramaje,  
Tristísimo paraje  
De olvido y muerte, lobreguez y escarcha!

MERCEDES DE VELILLA

para ceñir al dichoso  
sino al que más lo merece;  
él corona al animoso  
que más lucha y más padece.  
¡Torcedores del honor!  
¡Martirios de las banderas!  
¡Momentos de cruel dolor!  
¡De la patria angustias fieras!  
¡Sois vencimientos y horror!  
En un árbol apoyado  
porque el peso le abrumaba  
de su dolor despiadado,

Cortés sus huestes miraba,  
inerte, mudo, agobiado.  
Sintió correr con enojos  
por su semblante una hoguera  
que le llena de sonrojos.  
Y lava de fuego era  
la que brota de sus ojos!  
¡Gotas, sí, de fuego son  
las que de sus ojos van  
quemándole el corazón!  
¡Saliduras de un volcán  
de amarguras y aflicción!

MANUEL CANO Y CUETO

VALERIANO D. BÉCQUER

Entre los artistas y más aún los artistas españoles, que dejándose llevar tan sólo de sus intuiciones y particulares gustos, servían é impulsaban á la causa del progreso siendo los primeros indicadores de los nuevos caminos, se encuentra la personalidad de Valeriano D. Bécquer, hermano de cuerpo y de alma de Gustavo y no menos ilustre que él, en el terreno del arte.

En la familia Bécquer existe un germen artístico que va desarrollándose hasta producir las dos eminencias de que tratamos: ya antes, D. José Bécquer y D. Joaquín se dedican al cultivo de la pintura y del primero nacen los dos afamados hermanos. Sin duda un médico, mejor que nadie, hubiera podido darnos la clave de este y otros fenómenos de la misma especie.

Valeriano completa á Gustavo; entre los dos se comprende la realidad toda; el verdadero realismo es la unión de ambos hermanos.

Valeriano era jovial, alegre, observador finísimo del mundo exterior, propenso á lo cómico y lo pedestre, admirable en el retrato de los tipos y de las humanas variedades, chispeante y lleno de vida en la interpretación de las escenas más variadas, popular y lleno de gracia en sus motivos, haciendo resaltar siempre lo que era más lógico y propio de la localidad que estudiaba. Un artista espontáneo de primera fuerza, en una palabra, continuador de la serie iniciada por Velázquez y seguida después por Goya, Alenza y otros en nuestro siglo.

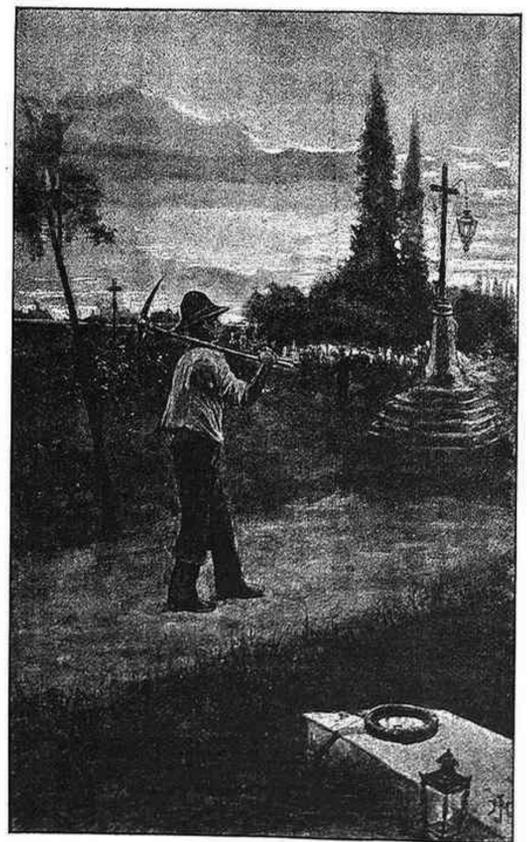
La pintura y el arte en general, cuando se dedica al género histórico-arqueológico, es indudable que no cumple su verdadera misión, se hace erudito y sacrifica la espontánea inspiración, resintiéndose siempre sus producciones de pertenecer á un arte artificial. La verdadera misión del artista es presentar á su siglo, extraer su esencia, único medio de obtener el mayor aplauso de sus contemporáneos y de ser buscadas por la posteridad sus producciones como el verdadero oro de sus tiempos.

Valeriano pertenece á estos últimos, era esencialmente espontáneo; dominando el dibujo, por procedimientos superiores á los que entonces se enseñaban y que después se habían de aceptar por todos los grandes revolucionarios de la pintura, nos dejó una grandísima colección

logra deslizarse entre las ramas, cuyas hojas producen un ruido manso y agradable cuando el viento las agita y las hace parecer ya plateadas, ya verdes, según del lado que las empuja. Un sauce baña sus raíces en la corriente del río, hacia el que se inclina como agobiado de un peso invisible, y á su alrededor crecen multitud de juncos y de esos lirios amarillos y grandes que nacen espontáneos al borde de los arroyos y las fuentes.

Cuando yo tenía catorce ó quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros y de esa esperanza sin límites que es la más preciada joya de la juventud; cuando yo me juzgaba poeta; cuando mi imaginación estaba llena de esas risueñas fábulas del mundo clásico, y Rioja en sus silvas á las flores, Herrera en sus tiernas elegías y todos mis cantores sevillanos, dioses penates de mi especial literatura, me hablaban de continuo del Betis majestuoso, el río de las ninfas, de las náyades y los poetas, que corre al Océano escapándose de un ánfora de cristal, coronado de espadañas y laureles, ¡cuántos días, absorto en la contemplación de mis sueños de niño, fuí á sentarme en su ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta á mis pensamientos y forjaba una de esas historias imposibles, en las que hasta el esqueleto de la muerte se revestía á mis ojos con galas fascinadoras y espléndidas! Yo soñaba entonces una vida independiente y dichosa, semejante á la del pájaro, que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación; soñaba que la ciudad que me vio nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos; y cuando la muerte pusiera un término á mi existencia, me colocasen para dormir el sueño de oro de la inmortalidad á la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas y en aquel mismo punto á donde iba tantas veces á oír el suave murmullo de sus ondas. Una piedra blanca con una cruz y mi nombre, serían todo el monumento.

Los álamos blancos, balanceándose día y noche sobre mi sepultura, parecerían rezar por mi alma con el susurro de sus hojas plateadas y verdes, entre las que vendrían á refugiarse los pájaros para cantar al amanecer un himno alegre á la resurrección del espíritu á regiones más serenas; el sauce, cubriendo aquel lugar de una flotante sombra, le prestaría su vaga tristeza, inclinándose y derramando en derredor sus ramas desmayadas y flexibles como para proteger y acariciar mis despojos; y hasta el río, que en las horas de creciente casi vendría á besar el borde de la losa, cercada de juncos, arrullaría mi sueño con una música agradable. Pasado algún tiempo y después que la losa comenzara á cubrirse de manchas de musgo, una mata de campanillas, de esas campanillas azules con un disco de carmín en el fondo que tanto me gustaban, crecería á su lado, enredándose por entre sus grietas y vistiéndola con sus hojas anchas y transparentes que no sé por qué mis-



Copia de un dibujo de José Pando, inspirado en la Rima XXIII de Bécquer. ( Véase pág. 365)



Una aguja de la puerta de la Barqueta, dibujo á la pluma por Manuel García y Rodríguez

#### EL POETA

La inspiración, la originalidad, el talento y el genio artístico son sus dotes; la palabra su forma de representación, como verbo humano que mantiene una relación más directa con el espíritu; la expresión sensible, la de más idealidad y que menos impresión directa ejerce sobre los sentidos.

La obra del poeta no ofrece las líneas materiales esculpidas en la piedra, ni los vivos colores de la pintura, ni la sensible vibración de los sonidos; pero sus imágenes arrancadas de la profundidad de su concepción, aparecen visibles y vestidas con las galas y la riqueza de la imaginación. Desprendido de formas materiales para expresar el pensamiento, tomadas de la naturaleza sensible, descendiendo con entera libertad á las profundidades más íntimas del alma y descubre y revela sus misterios.

El poeta se mueve y agita en los dominios puros del pensamiento y de la representación espiritual. La sensibilidad que presta á sus imágenes no reviste la forma tangible de una existencia; sino la delicadeza impalpable de una realidad, destacada de los pliegues más profundos del alma; se asemeja al avaro que ha penetrado en el recinto que guarda los tesoros más recónditos del espíritu, y dueño

el despertar de un sentimiento que estaba dormido; y aquella realidad impalpable de la concepción y el pensamiento del poeta, toma cuerpo y formas en el propio sentimiento de los demás, evocados por la misteriosa corriente que surge en las relaciones espirituales.

Por este medio habla el poeta el lenguaje del alma y en el alma encuentra resonancia. Los sentidos perciben la cadencia armónica de las rimas, agradable vestidura que ciñe el pensamiento, pero el alma percibe á éste y con él se identifica. En la profundidad de los pensamientos, en la novedad al evocarlos y en la facilidad para transmitirlos está la grandeza del poeta. Vasto é inmenso es el círculo en que puede moverse, tan extenso como grande es el mundo del alma y del pensamiento; desde el concepto delicado y puro del más sencillo sentimiento, bordado con una naturalidad que apenas descubra haber sufrido un cambio en la imaginación del poeta, hasta aquellos sentimientos concebidos y trasfigurados en toda su grandiosidad y que exigen mayor riqueza de conceptos y mayor profundidad de pensamientos, resulta un inmenso círculo que abraza el Universo físico y moral, enriquecido por la atenta é inteligente observación de la naturaleza y de sus fenómenos asimilados y embellecidos en su imaginación.

Independiente en su alta esfera, es el poeta, el artista de creación libre, emancipado de preocupaciones, contemplando al mundo en el fondo de su alma, y manteniendo entera libertad en la relación del espíritu con las cosas exteriores. Con esta libertad penetra en esas profundidades íntimas de la conciencia, y da vida y realidad con las imágenes arrancadas á su inspiración, á cuanto ha podido recoger en el conocimiento interno y externo de la naturaleza humana.

El fondo de su obra es siempre el pensamiento, el sople que le da vida su inspiración, y la forma ó expresión poética, las palabras y el lenguaje combinados de manera que la imaginación misma se represente el objeto como si tuviera las formas sensibles de que carece. Al emitir y dar vida á su pensamiento mantiene la armonía entre la esencia íntima de las cosas y su forma accidental, y entre el análisis de la realidad y la síntesis de su esencia.

La expresión figurada de su lenguaje forma un todo único con la misma imagen que representa; por la riqueza de su imaginación se muestran los objetos con cierta forma de realidad, sin perder la sencillez que corresponde á la imagen que ha de permanecer en el espíritu y ser vista sólo por la claridad del pensamiento. El expresa en sus imágenes toda la riqueza de las formas sensibles, pero fundidas con el sentido íntimo y la esencia misma de la cosa, objeto de su representación, formando un todo de verdadera originalidad.

La diversidad del genio en los diferentes matices de la inspiración determina la naturaleza de su obra, ya expresando sentimientos delicados y melancólicos del alma, encerrados en su individualidad, ó ya cantando gloriosos acontecimientos y conceptos universales que abrazan el ideal entero de la humanidad.

ANTONIO BENÍTEZ DE LUGO

#### ¡DUERME!

Non est mortua; sed dormit.  
(San Mateo, IX, 24.)

Quando los que veneramos  
al noble vate hispalense  
llevemos para su tumba  
siempre vivas y laureles,  
vayamos quedo, muy quedo;  
nuestros pasos no resuenen  
en la bóveda sombría;  
recite el alma las preces.  
Tú, pálida envidia, calla,  
y tu propia lengua muere;  
que tu rumor miserable  
hasta esta mansión no llegue.

Porque aunque el mundo y las musas  
por muerto lloran á Bécquer,  
no murió nuestro poeta:  
¡Duerme!

¿Qué es morir?... Muda está el arpa,  
el arpa de acentos flébiles;  
pero su dulce armonía  
aún los aires estremece.

Se apagó la voz süave,  
la voz de timbre celeste;  
mas las almas la recuerdan  
y por su amor desfallecen.

Pasan siglos y naciones,  
pero no el genio, que es fénix  
y de sus propias cenizas  
renace perpetuamente.

Y pues vivirá su fama  
en todas partes y siempre,  
no ha muerto nuestro poeta:  
¡Duerme!

Numen por mí venerado,  
sol radiante, luz perenne,  
que iluminaste las almas  
con fulgores que no mueren:  
á tu sepulcro me acerco  
silencioso y reverente,  
con mis versos por ofrenda,

para tu alto ingenio débil.  
Duerme tranquilo el piadoso  
blando sueño de la muerte,  
que no es el Calvario monte  
á que se sube dos veces.

Sobre el corazón la mano  
me he puesto, porque no suene  
su latido, y de la noche  
turbe la calma solemne.  
¡Duerme!

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

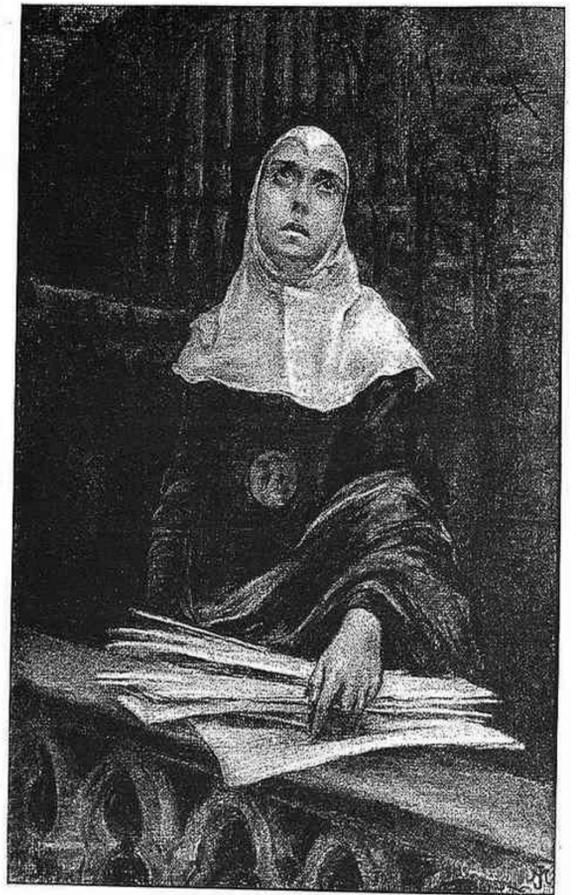
#### BÉCQUER Y LA POESÍA POPULAR

No canta el poeta las glorias ni las desgracias de su patria; ni las conquistas, luchas y aspiraciones de su siglo ni los ideales que persiguen los grandes pensadores; ni los problemas políticos y sociales.

¿Por qué, pues, es leído y admirado y da su nombre á una calle de Sevilla y se le erige un monumento y testifican los poetas, pintores y escultores, que pasa á la posteridad en el número de los genios?

Si no hizo dramas, ni poemas, ni novelas, si no llegó á realizar ninguna obra de empeño, porque la muerte se cogió en flor las más halagüeñas esperanzas, consiguió al menos cantar sus amores y sus recuerdos, identificándose con el pueblo en el modo de sentir y expresar sus afectos.

Así como el insigne poeta sevillano García Gutiérrez es inmortal por el *Trovador*, obra cuyos elementos son todos españoles y populares, Bécquer muestra cuanto vale en *La venta de los gatos*, bellísimo cuento inspirado en



La hija de Maese Pérez, por Domingo Fernández

esta hermosa copla que sirvió también al expresado dramaturgo de comienzo á su discurso de ingreso en la Academia Española:

En el carro de los muertos  
ayer pasó por aquí;  
llevaba una mano fuera,  
por ella la conocí.

El que supo apreciar y describir artísticamente la poética tristeza, el tesoro de sentimiento que encierran esos cuatro versos, pintando con exactos rasgos el amor, la alegría, los celos, la desesperación y la pena, con toda la riqueza de colorido propia de Andalucía, bien merece ser contado en el número de los escogidos.

Pasarán los años, se repetirá mil veces el mismo drama variando en los detalles, se olvidarán muchas pequeñeces que hoy preocupan en sumo grado y sobrevivirá *La venta de los gatos* con el cantar del poeta anónimo que, celoso sin duda porque el artista engarzó en su corona ese diamante, nos lo ofrece en esta otra forma:

A las dos é la noche  
pasaron los carros;  
como llevaba una manita fuera  
yo la he pincharao.

El que mejor sepa pincharar (1) lo que siente el pueblo y sus inagotables maneras de expresarse, ese será el mejor poeta. Por eso vale Gustavo Adolfo Bécquer, á cuyo nombre nos descubrimos con respeto.

MANUEL DÍAZ MARTÍN

(1) Pincharar, voz de la germanía que significa ver con perspicacia.



La Iglesia de San Marcos, dibujo á la pluma por Nicolás Pineda

de aquella riqueza se complace en deslumbrar con su vista. Al contemplar aquella revelación y recibir su impresión sentida en el alma, se experimenta el efecto que produce



¡Pobres flores! Eran las últimas que había de ponerse aquella mujer, hermana de las flores como todas las mujeres. - (Becquer)

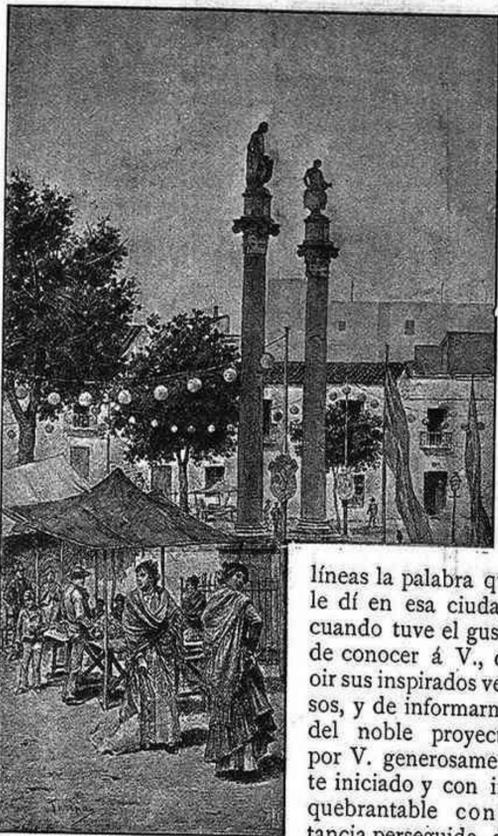
TRES FECHAS, copia de un cuadro de Salvador Clemente

## UN AUTÓGRAFO DE BÉCQUER

SR. D. ROMÁN GARCÍA PEREIRA

Barcelona 1.º de mayo de 1886

Próximo á embarcar, mi estimado amigo y compañero, para el nuevo destierro de Manila, desempeño con estas



líneas la palabra que le dí en esa ciudad, cuando tuve el gusto de conocer á V., de oír sus inspirados versos, y de informarme del noble proyecto por V. generosamente iniciado y con inquebrantable constancia perseguido, de glorificar la memoria

de Bécquer erigiéndole sencillo y elegante monumento proyectado por el hábil Susillo y recordando á la dormida Sevilla, de ese modo, cómo debe honrar el nombre de su gran prosador y sentidísimo poeta, una de sus más legítimas glorias.

Pero, ¿cómo decir algo nuevo, y sobre todo, algo bueno, acerca de escritor tan célebre? Ocioso sería, y en mi tarea imposible. Toda España, toda Europa conocen íntimamente el carácter, las tendencias literarias y hasta los más insignificantes detalles biográficos del constante amador de las *campanillas azules*: todo el mundo sabe de memoria las brillantes descripciones del poeta, especialmente en leyendas y asuntos de la Edad media, y con él ha aprendido á decir *medito* ante las venerable ruinas del armónico estilo greco-romano: *amo*, ante los monumentos del mauritano sensual y gracioso; *creo*, bajo las bóvedas sonoras del templo gótico, de que tantas muestras ofrece la insigne Sevilla, patria de eximios poetas, de grandes pintores, de brillantes artistas, cielo de hermosos y deslumbradores sueños y tierra fecunda en caracteres indiferentes y perezosos olvidos.

Enseñar, por otra parte, en la debatida materia del géne-



Copia de un cuadro de José Arpa, inspirado en la Rima LXXVI

ro é importancia de las poesías de Bécquer, mal llamadas *suspirillos germánicos*, que algo más son y mucho más representan, no sería oportuno: discutir sobre la gran poesía clásica y sobre la carencia de una epopeya castellana, inútil y largo, y más si recordamos á Ercilla y si afirmamos que las mayores epopeyas de la historia están escritas con sangre latina y firmadas con espada española, y si añadimos que nuestros antepasados hicieron tantas que no dispusieron del tiempo necesario para escribirlas.

Nada de esto es oportuno, pero tengo en cambio algo importante que comunicar á V., tan amante de nuestro Bécquer.

El autógrafo original de la famosa poesía *¡Dios mío! ¡qué solos se quedan los muertos!* vino á mis manos desde las del egregio poeta Campillo, albacea literario del infortunado Gustavo y lo conservo como reliquia preciosa. En la amarillenta hoja del papel aparecen, primero, en larga fila, los asonantes que se proponía emplear el poeta: después, como el balbucir de un niño, las primeras aún incorrectas estrofas, en que ya se dibuja vigorosamente el sombrío y abierto nicho que espera á su eterno huésped; el sepulturero apoyando la tosca mano en la siniestra piqueta; el lecho desde el que se proyecta la sombra del inmóvil cadáver, y el ¡ay! desgarrador del vate. A intervalos trazados por mano febril é inquieta, pero hábil, un friso, un capitel con elegantes hojas corintias, un busto de guerrero, revestida la finísima cota milanesa, la espesa celada descansando sobre el robusto pecho; y más allá, jugueto-na escena de dos damas sorprendidas por paje travieso en las escalinatas del jardín, presa una en los brazos amorosos del doncel, mientras huye precipitadamente la compañera. ¡Cuántas veces, en mis desalientos de poeta, me abismo en la muda contemplación del autógrafo, y me parece sentir el hálito abrasado del autor ilustre, y siento renacer nuevas fuerzas y divinas esperanzas, confortado con la sola vista del manuscrito, y pensando que sus amarillos bordes han sentido el roce de unas alas, de las alas gloriosas de la inmortalidad!

He cumplido mi oferta: pequeño es el don, pero no tengo otra cosa que dar; en cambio es grande mi admiración por el sevillano ilustre y grande también mi gratitud hacia V., que se enaltece honrando su memoria.

Se despide de V. y se reitera su amigo y admirador

Q. B. S. M.

CARLOS PEÑARANDA

## LAS LÁGRIMAS DE BÉCQUER

Al pie de un sauce, en la desierta orilla  
del caudaloso Betis,  
una tarde de Otoño en esa hora  
en que las sombras y las nieblas crecen  
velando el sol, como las negras dudas  
el sol de la razón velan y envuelven,  
un hombre cual el sauce solitario,  
enferma el alma y como enferma débil,  
revelaba su amargo desaliento  
con silenciosas lágrimas ardientes.

Ellas eran la tierna despedida  
de un corazón que de dolor se muere,  
al separarse del nativo suelo  
que á la vez le rechaza y le detiene.

Eran también la decepción del genio  
y expresión del tormento que padece,  
al luchar por los nobles ideales  
que el mundo no comprende.

Marchó el poeta y su infeliz camino  
sembró de abrojos la contraria suerte:  
perdió sus esperanzas é ilusiones,  
dulcísimas y alegres,  
y las primeras luces de sus glorias  
apagaron las sombras de la muerte.

Pero aquellas sus lágrimas, vertidas  
en la orilla del Betis  
y llevadas después al Oceano  
á impulsos de la rápida corriente,  
se elevaron del mar en los vapores  
suavísimos y leves,  
de que se forman las gigantes nubes  
que luego cruzan la región celeste.  
Con blandas lluvias fecundaron  
la tierra dura, pedregosa, estéril,  
y brotaron cual flores los recuerdos  
del pobre mártir que muriera ausente.

A la ribera que meció su cuna  
sus tristes restos vuelven  
y Sevilla la losa que los guarde  
cubrirá de coronas y laureles.  
Mas no temáis, vosotros, los que unidos  
por entusiasmo ardiente,  
queréis hacer eterna su memoria,  
que estas coronas el olvido seque;  
que para refrescar siempre sus flores,  
y conservar sus hojas siempre verdes,  
del cielo bajarán como rocío  
las lágrimas de Bécquer.

ISABEL CHEIX

CON MOTIVO DE LA COLOCACIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA  
PARA EL MONUMENTO Á LA MEMORIA DE BÉCQUER

Sevilla, aunque no nacido  
bajo tu cielo esplendente,  
tú para mí siempre has sido  
patria amante, y te he querido  
cual patria entrañablemente.

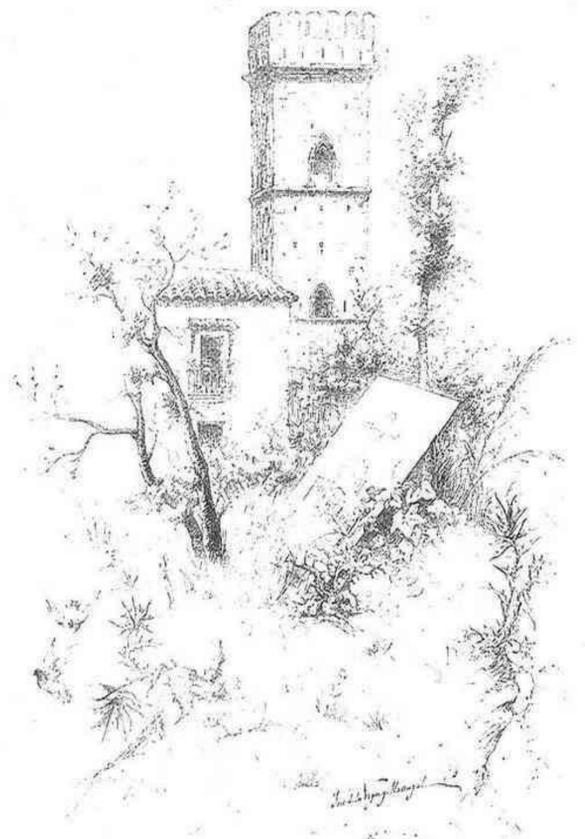
Que en tu recinto al lucir  
de mi vida los albores  
tú me enseñaste á sentir,  
á pensar y á bendecir  
al Dios de nuestros mayores.

Aquí por la vez primera  
resonaron mis cantares.  
y aquí alegre y placentera  
vi volar la primavera  
de mi vida sin pesares.

Y mi ardiente fantasía  
aquí entre alegres canciones  
impregnadas de poesía,  
ufana se enardecía  
con tus viejas tradiciones.

Tu hermosa brillante historia  
profundamente grabada  
lleve siempre en mi memoria,  
mirando cual propia gloria  
la gloria por tí alcanzada.

Por eso vengo mi acento  
á unir á tu acento aquí,  
y á gozar en tu contento  
al honrar hoy el talento  
de un hijo digno de tí.



La Torre de D. Fadrique,  
dibujo á la pluma, de José de la Vega y Marrugal

Noble genio á quien el hado  
maltrató con saña impía,  
corazón desventurado  
cuyas quejas ha exhalado  
en torrentes de poseía.

Para él desierto erial  
fué de la vida el camino,  
y su infortunio fué tal  
que sólo tuvo un rival  
en su ingenio peregrino.

¡Olvido y pobreza en vida!  
¡mármol y aplausos en muerte!  
Bécquer, tu patria querida  
de su ayer arrepentida  
quiere honrarte de tal suerte,

que al ensalzar tu talento  
y cantar tu gloria aquí  
hoy con entusiasta acento,  
alcance el merecimiento  
de hacerse digna de tí.

JOSÉ SÁNCHEZ ARJONA

## A GUSTAVO BÉCQUER

SONETO

Mendigó, ciego y pobre, el gran Homero,  
Vióse Ovidio de Roma desterrado,  
De Eleonora el amante, encadenado,  
Y el autor del Quijote, prisionero.

Byron vivió, cual triste aventurero,  
De su patria y sus deudos arrojado,  
Y por Grecia murió, como soldado,  
Con noble abnegación y ánimo entero.

Tal del genio la suerte: en lucha impía,  
Sufrir, sólo sufrir fué tu destino,  
Que en tí también la luz del genio ardía.

Mas si abrojos hallaste en tu camino,  
Hoy las musas del arte y la poesía  
Cercan tu nombre de laurel divino.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA

## LOS PÁJAROS

Hay niños criminales que escalando  
Los árboles frondosos, decididos,  
El riesgo despreciando,  
Arrancan á los pájaros sus nidos.  
Los pájaros se quejan,  
Y, en confusión volando,  
Rápidos de los árboles se alejan.  
Llegan á otras regiones en bandadas,  
Pero á labrar sus nidos no se atreven,  
Temiendo que otras almas despiadadas,  
De nuevo se los lleven.  
Inquietos, revoltosos,  
Andan volando, siempre temerosos;  
Examinan los árboles, se juntan,  
Se esconden en los huecos del ramaje  
Al más tenue rumor, y en su lenguaje  
- ¿También aquí habrá niños? - se preguntan.

Yo, triste, por la tierra caminando  
En desiertos sin nombres;  
Si me detengo á reposar, temblando,  
Me pregunto también: - ¿Habrá aquí hombres?

JOSÉ DE VELILLA

## TRENZAS Y PELOS

La tienda es nueva, es elegante y concurrida. Los escaparates, llenos de botes de perfumes, cabezas peinadas y figuras de pelo, muestran al público, entre pelucas para viejos y trenzas y bucles y tirabuzones, largas cabelleras femeninas, rubias, negras y castañas.

Siempre que paso por la calle en donde está la tienda, mis ojos son atraídos por aquellas guedejas, rubias como los rayos del sol poniente ó negras como la endrina, y siento mi alma invadida de pensamientos melancólicos.

Yo quisiera interrogarlas, saber qué ha sido de ellas, descubrir el secreto que las envuelve con no sé qué velo de melancólica y sentida poesía.

¡Oh, cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas! narradme vuestra historia... ¿Cuántos años han transcurrido desde que, peinadas en trenzas, ó graciosamente ensortijadas ó sueltos vuestros hilos y derramándose en torrentes, adornabais una cabecita infantil?... ¿Qué tiempo ha pasado desde que una madre os enseñaba con orgullo, exclamando llena de alegría: «mirad qué hermosos cabellos son los de mi hija»... ¿Hace mucho que vuestra joven dueña, mirándose dichosa en el espejo, ó de un arroyo en la corriente cristalina, y desatando la delgada cinta que os sujetaba, os arregló y peinó de las maneras más diversas?...

Cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas: ¿habéis crecido en medio de los aires pesados de la ciudad, ó jugueteó con vosotras el aura de los campos?... ¿Cuántos labios posó el amor sobre vosotras? ¿Cuántas manos os han hecho caricias? ¿Cuántos sueños de amor aletearon en torno vuestro? ¿Cuándo, por qué fuisteis cortadas? ¿fué la enfermedad, fué la miseria, fué la muerte lo que os hizo caer bajo las tijeras del peluquero?... ¿Aquellas cabezas que adornabais, miran al cielo todavía, ó se corrompen ya en la fosa?...

¡Oh, cabelleras rubias, cabelleras negras y castañas! ¿qué destino os espera?... No se sabe de dónde venís. No se sabe tampoco dónde ireis. Pero sí se sabe que seréis adornos postizos de marchitas bellezas ó enfermas fealdades; que seréis una materia como el albayalde que emblanquece las mejillas, como el carbón que tiñe las cejas.

Triste, muy triste y desgraciada es vuestra suerte.

¡Feliz el pequeño rizo que una madre cortó de vosotras antes de que cayeseis en manos del mercader! El no ha roto sus lazos con el pasado; él no va peregrinando por entre personas extrañas, ni sirviéndolas para amaños y falsías; él no es objeto de ajenas vanidades; sino que siendo prenda de plácido recuerdo y descansando sobre un pecho amoroso, hace vibrar en él la cuerda de los más dulces afectos.

LORENZO LEAL



LA RIMA, por Ildelfonso Cañaveral

## PESADILLA

Era noche de estreno; comenzaba  
La escena culminante de la acción  
En medio del silencio más solemne  
Que el interés dramático engendró.  
Era aquel desenlace fiel trasunto  
De la desgracia inmensa que sufrí;  
Desgarrarse mis hondas cicatrices  
En breve instante con dolor sentí;  
Volví el rostro con torpe disimulo...  
Y en el palco inmediato la encontré,  
Tan cerca que á no ser por la baranda,  
Cayera de rodillas á sus pies.  
En sus marmóreas áridas mejillas  
Que nunca dulce afán ruborizó,

Ni por ruda emoción palidieron,  
Ni llanto de ternura ennoblecíó,  
Yo ví absorto, á la luz de cien bujías,  
Dos silenciosas lágrimas brillar  
Como las dos más tristes que en el Gólgota  
Pudo la Virgen misma derramar.  
Quise huir; sentí un vértigo; aturdido  
Del palco al antepecho me acerqué,  
Volviéronse mil rostros á mirarme  
Y, ciego, señalándola, grité:  
¿Por qué á mi amor profundo fué insensible  
Y al que mintióle amores adoró?  
¿Por qué rió de mi dolor inmenso  
Y al parodiarlo un cómico lloró?

JAVIER LASSO DE LA VEGA

PENSAMIENTO

Los mármoles en que se labraron y los bronce en que se fundieron las estatuas de tantos héroes, de tantos mártires del deber y de la ciencia, y de tantos genios que inmortalizaron el nombre de la patria que mecía su cuna y abrió su seno para darles sepultura, son menos duros que esa sociedad primero despiadada y a la postre vanidosa, que les dió en suerte

HAMBRE EN LA VIDA, MÁRMOL EN LA MUERTE

JOAQUÍN GUICHOT

POESÍA Y ARTE

(PÁRRAFOS DE UN DISCURSO)

En la India cantó Valmiki a Rama buscando a Sita por las cañadas y los bosques, y Viasa a Mahabharat, y oyéronse las eróticas estrofas del poema pastoral Gita Gorinda que celebra a Krishna vagando por la tierra con sus nueve pastoras; y el pueblo hebreo escuchaba todas las heroicas resignaciones del dolor en los trabajos de Job y todas las beatitudes y deliquios del más puro amor en el símbolo de Salomón, y veía todas las irisaciones de la más confiada esperanza en los Salmos de David y oía sorprendentes predicciones en el acento profético de Isaías; y en Grecia oyéronse los ecos de los inspirados cantores y errantes rapsodas que vagaban perdidos en las florestas del Asia Menor y de la Arcadia, y los poemas de Homero que creó al heroico Aquiles como Esquilo al gigante Prometeo y Sófocles al desventurado Edipo y Eurípides a la inmortal Ifigenia, y resonó el dolorido lamento de Safo hundiéndose con su lira y sus laureles en las aguas del olvido para ahogar en ellas con su vida aquella pasión incurable y frenética alimentada con la vista y el recuerdo del ingrato, insensible a la hermosura, insensible a la endecha, y a la gloria de la poetisa, y al sacrificio de la mujer amante; y en la ínclita Roma rindió Horacio tributo a la poesía para no pensar en la ruina de la República y Virgilio expresó en sencillas estrofas su entrañable amor a la vida del campo y el epicúreo Lucrecio cantó cual no otro la secreta naturaleza de las cosas; y oyóse por el Norte el eco de los bardos que cantaban las hazañas de Hermann y la voz sibilina de Velode la profetisa animando con sus acentos a los bátavos alemanes; y bajo la tienda de Atila entonáronse los poemas heroicos que celebraban la gloria de la familia real de los Amalungenes, como el Húngaro cantaba la conquista del país por los siete Jefes y las feroces proezas del brazo de Dios; y allá en Sajonia y entre las brumas de la Escandinavia escuchábase la

teogonía de Odino y las catástrofes del Edá que profetizaban la noche de los dioses y la victoria de las sombras y de las potestades tenebrosas; y en Escocia embelesaba el ánimo la infinita melancolía de los poemas ossiánicos; y en la época de las Cruzadas la poesía provenzal, la gaya ciencia, las cortes y tribunales donde con sutileza casi metafísica discutían los trovadores las cuestiones amorosas; y preludiábase ya el poema de los Niebelungen con sus lances increíbles, sus aventuras inesperadas y maravillosas; y surgieron entonces las poesías de los Normandos con sus enanos y gigantes, con sus hadas y genios de las montañas, últimos vestigios de la teogonía del Norte, que cantaron las famosas hazañas de Carlomagno, y la batalla de Roncesvalles, y la muerte heroica de Rolando, y las historias del rey bretón Arturo y de la Mesa Redonda, que hallaron eco en Inglaterra y Francia y resonaron en Sicilia y se repitieron en Palestina, como vinieron del Oriente los cuentos árabes de las Mil y una noches y el libro de los héroes persianos de Firdusi, el Ariosto y el Homero de aquellas lejanas tierras; y resonó el poema del Cid, ese monumento nacional que no tiene rivales conocidos; y Dante y Tasso, y Milton y Klopstock simbolizaron en sus estrofas los caracteres, las luchas, las agitaciones de aquellos amargos días, mientras se oía en la calle del Zacatín y en la plaza de Vivarrambra y entre los azahares de la granadina vega, los romances que cantan las luchas de Zegríes y Gomeles con Abencerrajes y Venegas, Gazules y Almoradíes, ó las cuitas de Zaida que avisa a su amante no ronde su casa ni hable con sus mujeres ni con sus cautivos trate, ó los terrores de aquella fuente del Pino donde luchó el Maestre de Calatrava con Albayaldos y Reduán con Gazul; y no extinguidos estos acentos, oyéronse los de Garcilaso, dulces y armoniosos como las corrientes cristalinas aguas que riegan los verdes prados y en cuyas línfas miran los árboles su umbroso follaje; y suceden á éstos las empresas de Erquilla y Camoens y los cantos de Guarini y la dramática poesía de Shakespeare, para quien nada es recóndito en el corazón humano; y siguen Lope y Calderón, Schiller y Goethe, Byron y Lamartine, Zorrilla y Víctor Hugo, Leopardi y BECQUER, pléyade

gigantesca que prueba la universal necesidad de la poesía, teniendo á sus héroes repartidos por todos los países, disseminados por todos los tiempos, peritos en todas las lenguas, para que lleven á todos los hombres esas sublimes creaciones del genio, entre las cuales descuella y descollará eternamente una que todo el mundo conoce, una que no puedo citar sin emoción, que ha nacido en el centro de nuestra tierra, hija del más español de los españoles, glorioso timbre de la patria que debía estar representado en los cuarteles del escudo nacional, aquel aventurero, flor y nata de la generosidad y la abnegación, noble pecho de virtuosa fidelidad que no quebrantaron los sórdidos apetitos de la carne, alma cautiva de aquella alta y soberana señora del pensamiento, sólo acariciada en incorpóreas visiones y espirituales ensueños, por quien yacía herido de punta de ausencia y llagado de las telas del corazón, creación la más simpática que iluminó el humano entendimiento; aquel hidalgo que nos inspira adhesión con sus temeridades y duelo con sus decepciones y á quien antes miramos con irresistible piedad que con sar-

pero ¿qué día sorprendió Cleómenes á Venus en el momento de salir del baño? ¿qué noche se presentó á los asombrados ojos de Cervantes la escuálida figura del hidalgo manchego? ¿en qué indescriptible crepúsculo vió Miguel Angel la separación de la luz y de las tinieblas?

Yo concibo que pueda copiarse la luz difusa de la alborada, el campo cubierto de fría escarcha, la llamarada á cuyo alrededor se agrupan las damas rendidas por el cansancio y ateridas por el frío; yo concedo que en último término se copien las torres de un monasterio y en primero el féretro de un rey; pero la figura que se alza en estática contemplación ante aquellos motales restos, pálida por la vigilia, demacrada por la abstinencia, majestuosa como reina, delicada como mujer, incansable como la pasión, insensible al frío que entumece, á la brisa matinal que hiela los huesos y produce tembloroso escalofrío, sorda á la voz del sacerdote y al responso canónico, reprimidas las lágrimas, ahogado el sollozo, dilatados los ojos escudriñadores, absortos, incrédulos, que parecen detener su vista en las profundidades de la nada, descompuesto el rostro, devorada por los celos, loca por el dolor, juguete acaso de descabelladas esperanzas, cuerpo sacrificado á las demencias del espíritu, dudosa de la castidad monástica, más profana que religiosa, más enamorada de la carne mortal que del espíritu eterno, esta mujer heroica, esta viviente epopeya desbordada, esta eterna apotheosis de los celos de ultratumba, no han tenido más modelo ni son copia de otro original que la visión inspirada de Pradilla.

¿Dónde una creación más fantástica que la de esa misteriosa y espiritual electricidad que admiramos y no vemos, que vive junto á nosotros y en nosotros mismos y que nos trae con prodigiosa exactitud y rapidez, calor, movimiento, luz, el eco de una voz amada ó la curación de una aflictiva dolencia?

¿No satisface y colma las exigencias de la imaginación más ardiente el espectáculo de un poco de agua reducida á vapor, encerrada en un cilindro, en contacto con un pistón unido á un vástago, y el vástago á una rueda, y la rueda á una máquina y la máquina á un tren que aparece á la larga distancia en el bello panorama del paisaje y se detiene ante vosotros arrojando ceniza, respirando humo con estertoroso aliento, engendro infernal que juzgarían inverosímil ó diabólico las pasadas generaciones y en cuyas entrañas os alojáis atrevidamente, y partís con él, y vais viendo cruzar ante los ojos como en mágica visión el mar que se confunde con el cielo, los verdes campos que el Labrador cultiva, la pintoresca aldea que se congrega á los pies del campanario, la blanca ermita que se sienta en el inmediato cerro, los riscos en que pastan las ovejas, el valle que atraviesa el arroyuelo, los restos del convento abandonado, la espesura que tala el leñador, el castillo de histórico recuerdo, el poste telegráfico que hiere vuestra vista y no lo veis; y luego entráis en las

profundidades del estrecho desmonte, cruzáis ruidosamente sobre el abismo, bordeáis el precipicio, saltáis el río, os internáis en la sierra, sois ya el huracán que todo lo atropella y sobre todo pasa, devastador é imponente; y entonces veis alzarse ante vosotros la montaña inaccesible, la mole inmensa de granito cuyos picos nevados no pisó planta humana, y aquel monstruo que se arrastra no se detiene ni arredra, lanza en las vastas soledades su estridente alarido, parece que desafia, redobla su ímpetu, como para subir á la elevada cumbre, y cuando teméis retroceder rodando á la mitad de la subida ó estrellaros al pie de la marmórea roca, os encontráis sumidos en horrible subterráneo, húmedo y lóbrego, donde resuena y se multiplica el estrépito atronador de vuestra vertiginosa marcha y donde la oscuridad absoluta ciega vuestros ojos enormemente abiertos, donde creéis oír sordos rechinamientos, férreos crujidos y gemidos extraños; y cuando pensáis si será aquella la lúgubre madriguera donde va á devoraros el monstruo ó si sois el huracán y aquella la caverna donde Eolo guarda los vientos ó creéis oír la voz de Carón que á las puertas del infierno os invita á cruzar las aguas de la Estigia, y os falta el aire y sentís angustia, de repente la luz os hiere, salís del túnel y sólo veis el pueblo en que nacisteis, vuestra madre que os tiende los brazos y la cara de rosa de vuestra prometida.

JAVIER LASSO DE LA VEGA Y CORTEZO



AUTÓGRAFO DE A. GUSTAVO BÉCQUER, con orla dibujada por José Rico

castica sonrisa, porque todos los que al cruzar en ingrata peregrinación el áspero desierto de la vida comparamos la Dulcinea de nuestras aspiraciones con la triste figura de la realidad, aquí en el secreto de nuestro pecho vamos también, como el manchego hidalgo, heridos de punta de ausencia y llagados de las telas del corazón.

El artista no pretende la reproducción exacta ni la descripción prolija de la realidad; como dice un distinguido escritor, pinta con los mismos colores la oscuridad que la luz, el día que la noche, el polo que el Ecuador, el cielo caluroso del Africa, el bochorno y la pesada atmósfera del desierto, las arenas ardientes que calcinan las patas de los jadeantes camellos, la negra y movable sombra que traza en el suelo la cansada y sedienta caravana, el deslumbrante resplandor de los blancos alquicéles heridos por los rayos de un sol canicular, y la sombra de la noche, el misterio de la enramada, la húmeda brisa que la oreja, la frescura del agua que pasa susurrando entre los álamos, y los tibios rayos de la luna que á través del follaje iluminan al ruseñor que á las puertas de su nido, arrebujado en sus erizadas plumas, duerme, escondido el pico entre las alas.

¿Ni dónde se encuentra modelo para la obra artística que se propone expresar con la línea ó el sonido los más íntimos afectos del corazón humano? Es posible la reproducción, la copia, la imitación de ciertos seres y entidades corpóreas que cruzan constantemente ante la vista,